



## **EDUCAR PARA UN NUEVO MUNDO**

María Montessori

Dedicado a la memoria de GEORGE SIDNEY ARUNDALE, quien me invitó a la India y me brindó la oportunidad de conocer ese maravilloso país, y de ponerme en contacto con él y con su gran personalidad.

## **CONTRAPORTADA**

---

Esta pequeña joya que tienes en tus manos es un compendio del pensamiento de la Dra. Montessori. Nos lleva de la mano por los orígenes del sistema, dándonos una clara visión de los sorprendentes hallazgos que iba encontrando, según se adentró en los secretos del desarrollo infantil; mismos que sentaron las bases de lo que hoy conocemos como “principios Montessori”.

Con una narrativa fluida y apasionada se nos invita a colaborar con la naturaleza, como padres y maestros y ayudar a que las capacidades individuales de cada pequeño ser salgan y brillen con luz propia, removiendo los obstáculos que se interpongan en su camino hacia la realización.

## **INDICE**

- 1 Introducción
- 2 El descubrimiento y desarrollo del Sistema Montessori
- 3 Los períodos y la naturaleza de la mente absorbente
- 4 Embriología
- 5 Conductismo
- 6 La educación desde el nacimiento
- 7 El misterio del lenguaje
- 8 El movimiento y su papel en la educación
- 9 La acción imitativa y los ciclos de actividad
- 10 El niño de tres años
- 11 Cómo la observación hizo evolucionar los métodos
- 12 El fantasma de la disciplina
- 13 Cualidades que debe tener una maestra para aplicar el Método Montessori

## 1. INTRODUCCIÓN

El objetivo de este libro es exponer y defender las enormes potencialidades de los niños y ayudar a los docentes a obtener una nueva perspectiva que les sirva para que su trabajo pase de ser un suplicio a ser una tarea alegre, de la represión, a una labor realizada en colaboración con la naturaleza. El mundo en que vivimos ha sido devastado y necesita que se le reconstruya. Un elemento fundamental para ello es la educación. Los intelectuales recomiendan una mejora en la educación, así como también se recomienda el regreso a la religión. Pero la humanidad todavía no está lista para la evolución tan fervientemente deseada que consiste en la reconstrucción de una sociedad que viva en paz y armonía y sin guerras. Los hombres carecen de la educación suficiente para controlar los acontecimientos y terminan por ser sus víctimas. Siempre existieron ideas nobles y sentimientos profundos...pero sigue habiendo guerras. Si la educación continuara con sus viejas fórmulas y se le siguiera considerando como la simple transmisión de conocimientos, el problema se tornaría irresoluble y no habría esperanza de mejorar el mundo. Solo el estudio científico de la personalidad humana nos puede llevar a la salvación y para ello tenemos ante nuestros ojos una entidad síquica en los niños, un grupo social gigantesco, una genuina potencia mundial si se le encamina correctamente. Si tiene que llegar ayuda y salvación, serán los niños los que la traigan, pues los niños son los constructores del hombre y de la sociedad. El niño está dotado de un poder interior que puede guiarnos a un futuro más iluminado. Ya no se puede concebir la educación como la mera impartición de conocimientos, hay que buscar otros caminos para liberar las potencialidades humanas. ¿A qué edad habría que empezar esta educación? Nuestra respuesta es que la grandeza de la personalidad humana empieza en el nacimiento, afirmación ésta que, por mística que parezca, se encuentra muy cerca de la realidad cotidiana.

La vida psíquica de los recién nacidos ya ha despertado mucho interés, y hasta hubo científicos y psicólogos que realizaron investigaciones con bebés de entre tres horas y cinco días de vida. La conclusión que se extrajo de estos estudios es que los primeros dos años de vida son los más importantes. Como lo prueban las observaciones, los niños pequeños están dotados de poderes psíquicos especiales que se pueden sacar a la luz –literalmente- “educar” –por medio de cooperar con la naturaleza. Durante milenios, la energía constructiva del niño, siempre viva y en constante movimiento, ha permanecido desconocida, una mina de oro dentro de la mente humana, así como los primeros hombres que pisaron este planeta ignoraban los inmensos tesoros que estaban escondidos en las profundidades de la tierra. Es tan grande la ignorancia del hombre acerca de las riquezas ocultas en el universo psíquico del niño, que desde el principio ha hecho todo lo posible por reprimir esa

energía, aplastarla y pulverizarla. Ahora, por primera vez, hay algunos que empiezan a sospechar su existencia y a entender que es un tesoro nunca explotado, un bien máspreciado que el oro, la esencia misma del hombre.

La observación de los primeros dos años de vida ha echado nueva luz sobre las leyes de la construcción psíquica de la infancia que es completamente distinta de la psicología del adulto. Este es el punto de partida de un nuevo camino, en el que no será el maestro el que enseñe al niño, sino el niño el que enseñe al maestro.

Tal vez ésta parezca una idea absurda, pero queda claramente demostrada cuando se descubre que la mente infantil absorbe el conocimiento y de ese modo se instruye a sí misma. Esto es fácil de probar si se piensa en el aprendizaje de la lengua, toda una proeza intelectual que realizan los niños. El niño de dos años habla el idioma de sus padres sin que nadie se lo haya enseñado. Todos los que estudiaron este fenómeno concuerdan en afirmar que existe cierto período de la vida en que el niño empieza a utilizar nombres y palabras relacionadas con su medio, y al poco tiempo domina a la perfección todas las irregularidades y construcciones sintácticas que le resultan difíciles a los adultos que intentan aprender una lengua extranjera. Por lo tanto, dentro de cada niño hay un maestro escrupuloso y exigente, que incluso tiene sus tiempos bien establecidos y que ya a los tres años ha producido un ser que, como afirman los psicólogos, aprendió en ese lapso lo que a un adulto le llevaría sesenta años de duro esfuerzo.

La observación científica ha establecido que la educación no es lo que el maestro les da a sus alumnos; la educación es un proceso natural que el individuo lleva a cabo espontáneamente y que no es el resultado de oír palabras, sino que se basa en la experiencia que brinda el contacto con el medio ambiente. Por lo tanto, la tarea del maestro consiste ahora en preparar una serie de motivaciones para realizar actividades culturales en un ambiente especialmente preparado y evitar toda interferencia en dicho proceso. Lo único que pueden hacer los maestros es ayudar a que se realice la gran tarea y actuar como sirvientes ante su gran señor. Así serán testigos de la revelación del alma humana y el surgimiento de un Nuevo Hombre que no sea la víctima de sucesos, sino que tenga una visión lo suficientemente clara como para dirigir y modelar el futuro de la sociedad humana.

## 2. EL DESCUBRIMIENTO Y DESARROLLO DEL SISTEMA MONTESSORI

Si la educación debe ser reformada, tal reforma debe basarse en los niños; ya no es suficiente estudiar a los grandes educadores del pasado, como Rousseau, Pestalozzi y Froebel; esa época ya pasó. Me opongo a que se me llame la gran educadora del siglo, pues no he hecho más que estudiar a los niños, tomar lo que me han enseñado y expresarlo, y eso es lo que se llama el Método Montessori. A lo sumo, lo que hice fue interpretar al niño. Mi experiencia se basa en cuarenta años de estudio, en los que me inicié con una investigación médica y psicológica de los niños con deficiencia mental para tratar de ayudarlos. Ellos resultaron ser capaces de tantas cosas cuando se les abordó desde el nuevo punto de vista de colaborar con su propio subconsciente, que se decidió ampliar el experimento a los niños normales y se crearon Casas de Niños en algunos de los barrios más pobres de Roma para niños mayores de tres años. La gente que iba a esas casas se asombraba de ver a niños de cuatro años leyendo y escribiendo, y siempre le preguntaba a alguno: “¿Quién te enseñó a escribir?”, a los que contestaban asombrados por la pregunta: “¿Enseñó? No me enseñó nadie, aprendí solo”. En la prensa no dejaban de hablar de esta “adquisición espontánea de cultura”, y los psicólogos estaban seguros de que se trataba de niños superdotados. Por un tiempo compartí esa idea, pero cuando amplíé mis experimentos quedó demostrado que todos los niños tienen esa potencialidad, que se estaban desperdiciando los años más preciosos de la vida, por culpa de la idea falaz de que sólo es posible la educación a partir de los seis años. La lectura y la escritura son los aspectos fundamentales de la cultura, pues sin éstas sería imposible desarrollarse en otros ámbitos, pero ninguna de las dos es una facultad intrínseca a la naturaleza humana como lo es el lenguaje oral. En especial, la escritura es considerada por lo común una tarea tan árida que sólo se les enseña a los niños más grandes. Pero yo le di las letras del alfabeto a niños de cuatro años, un experimento que ya había realizado con niños que tenían deficiencias mentales. Había descubierto que el simple hecho de mostrarles las letras todos los días y contrastarlas entre sí no les causaba ninguna impresión; pero cuando hice tallar letras de madera para que pudieran pasar los dedos por sus huecos, las reconocieron de inmediato. Aun los niños deficientes, después de algún tiempo, pudieron escribir un poco gracias a este material. Así descubrí que el sentido del tacto tenía que ser fundamental para los niños que todavía no habían completado su desarrollo y fabriqué letras simples para que las trazaran con la punta de sus dedos. Un fenómeno totalmente inesperado tuvo lugar cuando se le dio este tipo de ayuda a los niños normales. Se les mostraron las letras a mediados de septiembre y ese mismo año escribieron tarjetas navideñas: ¡increíble! Jamás se había soñado con alcanzar tan rápidamente semejantes resultados. Después los niños comenzaron a hacer preguntas acerca de las letras, y relacionaban cada una con un sonido

determinado; parecían pequeñas máquinas que absorbían todo el alfabeto, como si tuvieran en el cerebro un vacío que lo atrajera. Fue sorprendente, pero era fácil de explicar: las letras actuaban como un estímulo que ilustraba el lenguaje presente ya en la mente del niño, y le servían para analizar sus propias palabras. Cuando el niño sabía unas pocas letras y pensaba en cualquier palabra que incluyese sonidos distintos de los que él había aprendido a representar, era natural que preguntara por éstos. Sentía una urgencia interior por saber cada vez más y más, y andaba todo el tiempo deletreando para sí mismo las palabras que había aprendido a usar en su lenguaje oral. No importaba cuán largas o difíciles fueran, los niños podían representar las palabras que les dictaba por primera vez la maestra con las letras de madera necesarias que estaban en los compartimentos de una caja especialmente preparada. Un maestro dijo una palabra rápidamente al pasar y enseguida se dio cuenta de que la habían escrito con las letras móviles. Para estas criaturas de cuatro años era suficiente escuchar las palabras una sola vez, aunque un niño de siete o más requiere mayor repetición para captar su sonido correctamente. Era obvio que todo esto se debía al período de sensibilidad de esa particular etapa; la mente era como cera blanda, susceptible a esta edad a impresiones que más adelante, cuando se perdiera esa maleabilidad especial, no sería capaz de tomar.

Un resultado ulterior de trabajo interno que se desarrollaba en el niño fue el fenómeno de la escritura. Al comprender la formación de la palabra a partir de sus sonidos, el niño la había analizado y reproducido externamente mediante el alfabeto móvil. Conocía la forma de las letras porque las había tocado una y otra vez. De ese modo, la escritura fue algo repentino, una explosión, igual que la aparición del habla. Una vez que se ha conformado el mecanismo, que ya está bien desarrollado, surge el lenguaje como un todo, no como suele suceder en las escuelas comunes donde se enseña primero una letra y después la combinación de dos. Si aparecen una o dos letras, pueden aparecer las restantes; el niño sabe cómo se escribe y por lo tanto puede escribir todo el lenguaje. Entonces, ahora escribe continuamente y no por obligación, como una fría forma de cumplir con su deber; lo hace con entusiasmo, obedeciendo a sus impulsos. Aquellos niños escribían con cualquier cosa que tuvieran al alcance de la mano; a veces lo hacían con tizas en la calle o en las paredes; donde hubiese algún espacio, aunque no fuera el lugar adecuado, ellos escribían; ¡hasta una rodaja de pan, como sucedió una vez, les servía para su propósito! Las pobres madres analfabetas, que no tenían lápiz o papel para darles, venían a pedir ayuda a fin de saciar la necesidad de sus hijos. Les brindábamos ayuda y los niños se quedaban dormidos con el lápiz en la mano, escribiendo hasta el último minuto del día.

Al principio pensamos en ayudarles dándoles hojas preparadas especialmente, con interlineado amplio que se iba achicando poco a poco; pero pronto descubrimos que estos niños tenían la facilidad de escribir sin ningún problema en cualquier tipo de papel; a algunos les gustaba incluso hacer la letra más chica posible siempre y cuando fuera legible. Lo más extraño de todo era que todos tenían una letra hermosa, más linda que la de los niños de tercer grado

de cualquier otra escuela. Todos escribían en forma parecida, porque todos habían tocado las mismas letras y se les habían grabado las mismas formas en la memoria muscular.

Estos niños ahora sabían cómo escribir, pero aún no sabían leer. A simple vista parecería algo extraordinario y absurdo, pero si se reflexiona sobre el tema se verá que no tenía nada de absurdo. Por lo general, los niños aprenden primero a leer y luego a escribir, pero estos niños primero habían analizado las palabras en su cabeza y las habían reproducido con su alfabeto, una letra al lado de la otra, asignándole a cada una un sonido del idioma ya existente en la mente del niño. Dicha unión entre las letras y el lenguaje se había producido durante el período sensitivo del niño, el lenguaje se había multiplicado y ahora lo podían expresar por medio de la mano a través de la escritura y no solamente con la boca a través del habla. Pero todavía no sabían leer, y supusimos que un obstáculo podría ser la diferencia que hay entre la letra de imprenta y la cursiva empleada en la escritura. Estábamos considerando la idea de incluir distintos tipos de letras para solucionar este problema cuando de pronto comenzaron a leer solos, y cualquier tipo de letra, hasta la letra gótica de los calendarios. Habían pasado cinco meses desde el primer intento de escribir con el alfabeto móvil, pero nuevamente el niño había sentido una urgencia interior que lo obligaba a esforzarse para entender el significado de esas letras desconocidas. Estaba realizando un trabajo parecido al de los científicos, que estudian las inscripciones prehistóricas en idiomas extraños y luego descifran el significado de esos signos desconocidos por medio de la observación detallada y la comparación. Una nueva llama ardía en el corazón del niño. Los padres se quejaban de que cuando llevaban a pasear a sus hijos, éstos se detenían ante cada negocio para desentrañar lo que decían los anuncios. Antes de cumplir seis años, estos niños eran capaces de leer cualquier libro.

Existe otro aspecto de la cultura que no es tan sencillo de explicar como la escritura: el campo de la matemática. Consideramos a la matemática desde tres puntos de vista:

1. La aritmética: la ciencia de los números.
2. El álgebra: el carácter abstracto de los números.
3. La geometría: la abstracción de lo abstracto.

Guiados por nuestra experiencia con niños incluimos los tres enfoques al mismo tiempo y a una edad increíblemente temprana. Esto nos fue de mucha utilidad y resultó muy eficaz; fue como si en lugar de apoyar el tema sobre una sola columna precaria, lo afirmáramos sobre tres basamentos sólidos, que juntos proporcionaban una gran estabilidad. Por ejemplo, para enseñar los números, los agrupamos en formas geométricas; y se crearon materiales de matemática para poder mostrar las tres materias casi simultáneamente.

Los niños más pequeños encontraron un gusto particular, casi una pasión por el estudio de los números y su disposición geométrica. Al poco tiempo, se pudo

extraer lo abstracto de las cantidades y sus relaciones a través del álgebra. Esto también nos causó gran sorpresa porque al principio los niños no mostraron el entusiasmo que experimentaron al escribir. Sin pensar mucho sobre el tema, se dijo que a los niños les interesaba el lenguaje, pero no la matemática, que era demasiado fría para ellos, demasiado... ¡abstracta! Lo cierto fue que nosotros también teníamos nuestros prejuicios, y habíamos limitado la matemática a cuatro reglas básicas y a los diez primeros números. Los niños mismos fueron quienes nos revelaron la verdad, pues cuando se les presentó el sistema decimal a los niños más grandes, los de cinco y seis años fueron los que más se interesaron y lo aprendieron con mucho más entusiasmo que el que habían manifestado cuando los números no llegaban más que hasta el diez. Para nuestro asombro, los de cuatro también se sumaron y lo disfrutaron enormemente, y el día de hoy, los niños de tres años hacen operaciones con millones, y hemos tenido que darles nociones de álgebra y geometría. Los niños se fascinan con estos temas cuando se les introducen como materiales que pueden manejar. La última gran atracción fue encontrar a un niño tratando de solucionar por su cuenta el cubo de un trinomio  $(a+b+c)^3$ ; decía que, si se podía utilizar  $a$  y  $b$ , por qué no incluir otras letras del alfabeto, ya que a los niños no les gustan las limitaciones!

Este desarrollo repentino y vívido no tiene una prehistoria en la evolución del niño, como en el caso del lenguaje; no se puede buscar su origen y desarrollo en la mente antes de su expresión, de modo que la única deducción posible es que a esa temprana edad tienen inclinación por la matemática. Observamos que las operaciones que les interesan y hasta los atrapan son las que requieren la mayor precisión; los niños sienten más entusiasmo cuanto más complicado es el cálculo. Pero la precisión no la ejercen sólo para la manipulación exacta requerida en cada ejercicio: con esa misma precisión estudian las flores o los insectos. Esa predisposición para la exactitud y el detalle puede encaminarse hacia los detalles cuantitativos. La aritmética es un tipo de abstracción y por lo tanto lleva la precisión al nivel de lo abstracto. El niño comienza por lo material, luego pasa al nivel abstracto de los números y finalmente al campo aún más abstracto del álgebra. Opera con exactitud en los tres ámbitos: material, abstracto y algebraico, y se siente fascinado de poder realizar el juego de las unidades. Nos ayuda a arribar a esta conclusión el gran filósofo y físico Pascal, quien se sumergió en el mundo de los números y las cantidades y afirmó que la mente humana posee la característica de ser matemática, y que el progreso se atiene a esa cualidad mental. Por lo general, nadie toma esta frase en serio, ya que la experiencia práctica de los maestros comunes parece indicar que, de todas las materias, la matemática es la más repugnante a la mente humana. Hoy, los más pequeños le dan la razón a Pascal. Este profundizó luego su conclusión y afirmó que toda acción humana se desarrolla en torno al ambiente, situándose esta actividad dentro de límites cada vez más exactos. Tal exactitud sólo podría alcanzarse a través de la mente, con lo cual quedaba probado el carácter matemático de la misma. Como lo muestra la historia, el hombre siempre ha enfocado su mente hacia la transformación del ambiente, la interpretación de lo que sucedía a su alrededor

y de los fenómenos que se suscitaban. Para cumplir este objetivo le es necesario tener bien consciente todo esto y saber ubicarse en el campo de la exactitud. hace trescientos cincuenta años, pascal había descubierto que esta característica de la precisión era fundamental en la mente humana.

En lo referente al importante tema del cansancio, los niños de menos de seis años nos han proporcionado algunos datos reveladores. En las escuelas comunes, el niño se cansa pronto y la enseñanza se dificulta; de esto se deduce que empezar a educarlos desde tan chicos es cruel y los papás bondadosos no quieren que hagan nada más que dormir y jugar, pero hay signos claros de que los mismos niños se aburren con esa rutina y reaccionan contra ella con toda su energía y con toda clase de travesuras. A través de nuestra experiencia con niños de tres a seis años y aún más pequeños, descubrimos que los niños que empiezan a aprender a esa edad no sólo no sienten ningún cansancio, sino que se sienten más fuertes. No todos los trabajos fatigan; por ejemplo, para comer trabajamos todo el tiempo con las mandíbulas, los dientes y la lengua, y el resultado de ese trabajo es que nos sentimos con las energías renovadas; además, tenemos la necesidad de ejercitar ciertos músculos para fortalecerlos. Eso mismo ocurre con los niños y su desarrollo mental. Parecen incansables, e incluso la actividad intelectual constante los mantiene más sanos y vigorosos. Están mentalmente predispuestos a cultivarse, pero la sociedad los abandona mentalmente en este período sensitivo y les impone el régimen de dormir y jugar. No pueden dejar de absorber información o mantenerse activos, pero si no hay nada que absorber, se tienen que conformar con los juguetes. Los psicólogos afirman que el niño debe jugar, ya que a través de los juegos se perfecciona; pero también admiten que absorbe un ambiente especial y forja el lazo histórico entre el pasado y el futuro. La conclusión que extraen es que, sin molestarlos, debemos observar cómo absorben los niños el presente con sus juegos y sus vivencias, y no debemos ayudarlos, sino dejarlos libres a sus propias herramientas. ¿Pero cómo es posible que, en un mundo tan complicado, un niño pueda absorber cultura si se le pone a jugar con juguetes y castillitos de arena? Por lo tanto, hay una contradicción en las ideas de estos psicólogos, que por un lado dicen que es importante comunicarse con los niños en su etapa de absorción y, por otro lado, que hay que dejarlos solos para que jueguen todo el tiempo y de ese modo construyan y desarrollen sus poderes. Se han exaltado las bondades del juego como si se tratara de un elemento místico, y hombres serios y honorables se inclinan con reverencia ante todo niño que esté construyendo castillos de arena. Pero si en esta etapa que va desde los tres a los seis años hay aptitudes naturales para adquirir cultura con facilidad, lo lógico es que aprovechemos estas aptitudes y rodeemos al niño de cosas que pueda manipular y que en sí mismas sean avances en la adquisición de cultura. En la primera etapa se deben crear los medios para un aprendizaje perfecto; luego habría que introducir en el entorno del niño ciertos objetos que le permitieran imitar las acciones humanas de su alrededor; sólo entonces lo estaríamos ayudando a asimilar la complicada cultura de nuestros tiempos. Y lo que le estamos brindando no son simples juguetes que se venden junto con las

muñecas y los soldaditos de plomo. ¿Qué eligen los niños? Cuando se les da el material Montessori, lo aceptan y se apasionan hasta un punto en que antes se hubiera considerado fantástico. A estas mentes hambrientas las han soltado en un medio que, solas y sin la ayuda de nadie, no logran entender o dominar, pero una vez que reciben las herramientas para su total asimilación se abalanzan sobre él como leones voraces que devoran todo lo que les sirve para su supervivencia, y se adaptan a una civilización que así ha ido evolucionando hasta el día de hoy.

Ahora que tenemos la visión del gran poderío del niño y su importancia para la humanidad, debemos observar ese poder con detenimiento, pensar las formas de incentivarlo. En lugar de depositar una fe mística en los juegos infantiles, habría que tenerle fe al niño mismo; tenemos que hacer algo para crear una ciencia práctica que le de utilidad a esos poderes que hace poco hemos empezado a reconocer gracias a nuestra intuición.

### **3. LOS PERÍODOS Y LA NATURALEZA DE LA MENTE ABSORBENTE EL NIÑO DE TRES AÑOS**

Esta nueva concepción toma forma en el centro de su propia función y altera todas las ideas anteriores en materia de educación. Ya no es posible que la escuela sea un mundo aparte o se sobreproteja al niño y se lo aisle de todo contacto social. Para darle a la vida una protección adecuada hay que estudiar con simpatía sus leyes; los psicólogos que realizaron estudios con niños pequeños desde el primer año de vida anunciaron el descubrimiento de que es en esta etapa en la que se construye, se edifica al hombre. Desde un punto de vista psíquico, en el momento del nacimiento hay un vacío total, cero. De hecho, en el aspecto físico ocurre algo parecido, ya que cuando nacen, los bebés son prácticamente paráliticos, no pueden hacer nada; y sin embargo, hay que contemplarlos después de un tiempo: ¡hablan, caminan, avanzan de conquista en conquista, hasta que terminan construyendo al Hombre en toda su grandeza, en toda su inteligencia!

Todos estos poderes del niño, que por fin llamaron la atención de otros científicos además de mí, habían estado ocultos bajo el velo de la maternidad, puesto que se sostenía que era la madre la que le enseñaba a hablar y a caminar. Pero no es así, es el niño mismo quien hace todo eso espontáneamente. Lo que crea la madre es el recién nacido, pero éste es el que crea al hombre, aunque su madre muera o no pueda amamantarlo. Ni siquiera la llamada "lengua materna" deriva de la madre en realidad, porque un niño que nace lejos de la tierra de sus padres por lo general aprende con facilidad el idioma del lugar, aunque sus padres nunca lleguen a dominarlo. Así que estas habilidades no se heredan; no se deben ni al padre ni a la madre, sino al niño mismo, que toma todo lo que encuentra a su alrededor y lo utiliza para modelarse de cara al futuro.

De acuerdo con psicólogos modernos que han seguido la evolución de ciertos niños desde el nacimiento hasta que llegaron a la universidad, a lo largo del desarrollo hay etapas distintas bien diferenciadas, que curiosamente corresponden a diferentes fases en el desarrollo del cuerpo. Los cambios son tan pronunciados que algunos psicólogos, exagerando en su intento de dejarlos bien en claro, crearon la siguiente expresión: "Crecer es morir muchas veces." Es como si en cierto momento de la vida desapareciera un individuo psíquico y naciera otro nuevo. El primer período se extiende desde el nacimiento hasta los seis años y, aunque a lo largo de esta etapa se manifiestan diferencias notables, el tipo de mente es el mismo. Dentro de esta etapa se observan dos subdivisiones: de cero a tres años y de tres a seis. En la primera de ellas aparece una mentalidad a la que el adulto no tiene acceso y sobre la cual no puede ejercer ninguna influencia. Luego, entre los tres y los seis años, la entidad psíquica empieza a ser accesible, pero sólo de una manera especial. Este período se caracteriza por los grandes cambios que tienen lugar en el individuo, tales que, por lo común, se considera que a los

seis años es lo suficientemente inteligente como para ir a la escuela. Siguiendo la nueva tendencia que aquí defendemos, sería de gran utilidad que ingresara a la escuela a una edad mucho más temprana; pero a los seis años se llega a una etapa especial que va acompañada de cambios físicos, como la pérdida de los primeros dientes. Entre los seis y los doce años hay un período de crecimiento, pero no de transformaciones. Suele caracterizarse por la calma y la docilidad. Durante el tercer período que va de los doce a los dieciocho años nuevamente se producen transformaciones tanto psíquicas como físicas. Sin saber mucho acerca de todo esto, la educación oficial de todos los países ha reconocido esta realidad y brida educación primaria entre los seis y los doce años y secundaria a partir de los doce, cuando comienza una nueva fase en el desarrollo de la mente. En este tercer período el carácter es bastante inestable; hay indisciplina y algún tipo de rebeldía, pero las escuelas comunes siguen su camino y no se molestan en considerar tales reacciones, continúan cumpliendo sus programas y castigando a los niños rebeldes. Tal vez a los dieciocho el joven ingrese en la universidad y el estudio se vuelva más intenso, pero no hay una diferencia de metodología importante, porque el alumno todavía tiene que ir, sentarse y escuchar lo que le dicen para poder obtener un título que rara vez le sirve para algo. Se ha alcanzado la madurez física, pero todos estos años de estudio, todos estos años de sentarse y escuchar no sirvieron para formar al hombre de voluntad y discernimiento. Tendrá que aprender con el trabajo práctico y la experiencia, si es que todavía le es posible aprender. Y así luego ocurre que hasta en Nueva York se han visto protestas de jóvenes intelectuales con carteles que decían: "Estamos sin trabajo, nos estamos muriendo de hambre," para descrédito de una sociedad que tanto ha gastado en su educación.

Muchos pensadores, meditando acerca de la indefensión de los recién nacidos, se han cuestionado por qué el hombre, el ser dotado de la más elevada inteligencia, tiene que sufrir una infancia larga y penosa, incluso más que cualquier otro animal. Muchos se han preguntado qué es lo que podría ocurrir en el período de la infancia. Evidentemente era un trabajo creador, porque el individuo parecía empezar de cero. El bebé no tiene una vocecita que luego se va desarrollando, como sí ocurre con los gatos, que van perfeccionando su maullido, o los terneros o los pichones que lo único que hacen es fortalecer sus medios de expresión. El ser humano es el único que, en lugar de desarrollar lo ya existente, tiene que crear a partir de la nada. En este aspecto el niño da un paso colosal, un paso que el adulto sería incapaz de dar. Para semejante logro se necesita una mente diferente a la de un adulto, que esté dotada de distintos poderes. Y esta creación no es un logro cualquiera. El niño crea el lenguaje, pero también crea los órganos que le permitirán hablar. Crea cada movimiento físico, cada medio de expresión inteligente.

Nada de esto lo hace conscientemente a través de su voluntad, lo hace con lo que se llama el subconsciente, que está colmado de un tipo de inteligencia que se encuentra en todos los seres vivos, incluso en los insectos, que a veces parecen capaces de razonar. Con el subconsciente el niño alcanza su maravillosa obra creadora, a través de un poder de sensibilidad tan

impresionante que en cierta medida se parece a una placa fotográfica, que registra inmediatamente las impresiones percibidas hasta en los detalles más mínimos. Parecería que todo lo que hay en su medio despierta un gran interés en el niño, un entusiasmo que se filtra en su vida misma. El subconsciente es capaz de discernir: se sabe que el bebé nace con el sentido auditivo desarrollado y por lo tanto oye la voz humana, pero ¿por qué, entre los millones de sonidos que hay a su alrededor, elige e imita los apropiados? Porque el lenguaje ha causado una impresión especial en su subconsciente y evoca sensaciones tan intensas, un entusiasmo tan desmesurado, que el bebé se vuelve capaz de hacer vibrar las fibras invisibles que reproducen esos sonidos en la voz; ningún otro sonido genera tal estremecimiento. Tan exacta es la absorción del idioma, que forma parte de la personalidad, y se le llama lengua materna para diferenciarlo de cualquier otro idioma que se aprenda más adelante con un durísimo esfuerzo. Hay toda una química de la mente en cada niño, generadora de una transformación química. Las impresiones que capta penetran en su mente y además forman y encarnan en ella, pues el niño crea su propia "carne mental" cuando hace uso de todo lo que encuentra en su medio. A este tipo de mente la hemos denominado "mente absorbente" y nos resulta difícil concebir la magnitud de sus poderes. ¡Qué lástima que se acabe tan pronto! Perder todas esas facultades es el precio que pagamos para adquirir plena conciencia humana, pero es un precio muy alto: de ser dioses pasamos a ser personas.

## 4. EMBRIOLOGÍA

En la búsqueda por penetrar los misterios de la mente absorbente, hemos llegado a la vida prenatal y sus orígenes, hacia la cual se están orientando todos los estudios biológicos de la actualidad. Hasta el día de hoy, el objeto de estudio siempre había sido el ejemplar adulto, ya sea animal o vegetal; para la sociología lo era el hombre adulto. Ahora parece que los científicos se inclinan por el camino contrario y, ya sea para estudiar al ser humano u otros tipos de vida, consideran los ejemplares más jóvenes y sus orígenes. Es por ello que se pone énfasis en la embriología, la vida de la célula germinal, unión de dos células procedentes de adultos. La vida del niño, la que es originada y la que origina, comienza en el adulto y termina con él. Ese es el camino, la trayectoria que transita la vida.

La naturaleza proporciona una protección especial para la cría. Por ejemplo, el niño nace rodeado de amor, su mismo origen es el amor, y una vez que llega al mundo, lo rodea el cariño del padre y la madre, un amor que no tiene nada de artificial o meditado, como sí puede tenerlo el sentimiento fraternal, que toda la gente pensante persigue. Sólo un hijo puede suscitar un amor que signifique sacrificarse y poner la vida al servicio del otro, el ideal de toda moral humana. Pero los padres hacen este sacrificio como algo natural, con alegría, y entonces no lo toman como un sacrificio, ¡es la vida misma! Sin embargo, es una vida más elevada que la de la competencia social y la de “la supervivencia del más apto”. Resulta curioso, pero esta doble concepción de la vida también se observa en los animales; pareciera que hasta los más feroces perdieran sus instintos naturales cuando forman una familia. Se trata de una suerte de imposición de los instintos especiales sobre los más generales, que hace que animales tímidos con un instinto de preservación más desarrollado que el nuestro cambien totalmente sus impulsos y arriesguen la vida para proteger a su prole. Es por ello que Fabre, el gran biólogo francés, llega a la conclusión de que más que las armas con que la naturaleza ha dotado a las especies, lo que asegura la supervivencia es el fabuloso instinto materno. ¿O acaso los tigres no nacen sin dientes y las aves sin plumas? Además, es fascinante ver cómo, incluso en los seres más inferiores, la inteligencia se utiliza para proteger a la cría y no como un mero mecanismo de defensa.

Los científicos del siglo pasado creían que en la célula germinal había una diminuta persona ya formada a la que sólo le restaba crecer, como en el caso de los demás mamíferos, pero no estaba claro si este ser humano en miniatura provenía del gameto masculino o femenino. Gracias a la invención del microscopio se hizo posible efectuar estudios más detallados, y los científicos de entonces tuvieron que aceptar, muy a regañadientes, que no hay nada preexistente en la célula germinal. Esta célula se divide en dos, luego en cuatro, y así, mediante la multiplicación de células, se forma el ser. Los avances en el campo de la embriología han llevado a descubrir que lo único que hay es un esquema de construcción preestablecido con todas las

características de un razonamiento inteligente. Así como para construir una casa se empieza por acumular ladrillos, el embrión acumula células por medio de la subdivisión; con estas células levanta tres muros, dentro de los cuáles se construirán los órganos. Este proceso es extraordinario: se inicia en una célula, un punto, y alrededor de ese punto tiene lugar una desenfrenada subdivisión; mientras tanto el ritmo e multiplicación en los otros sectores se mantiene igual que antes. Se ha descubierto que una vez que termina esta actividad fervorosa, se ha creado un órgano. Quien descubrió este fenómeno lo explicó de la siguiente manera: son puntos de gran sensibilidad alrededor de los cuales se construye algo. Cada órgano se desarrolla por separado, como si su único propósito fuera crearse a sí mismo. En su intensa faena, las células que rodean cada centro se encuentran tan unidas, tan compenetradas con lo que podríamos llamar su ideal, que mutan y se vuelven diferentes a otras células, y toman una forma especial según el órgano que se esté creando. Una vez que los distintos órganos se han constituido independientemente, algo los empieza a interrelacionar, y cuando ya están tan unidos que no pueden vivir el uno sin el otro, nace el niño. Primero, los órganos se conectan a través del sistema circulatorio, y luego, la unión se completa por medio del sistema nervioso. El esquema de construcción se revela como una operación entusiasta gracias a la cual se crea algo, y una vez que los órganos empiezan a existir, se deben conectar, unir, para que aparezca un nuevo ser viviente, Todos los animales superiores se ajustan a este plan de construcción, el único que existe en la naturaleza.

Pareciera que la construcción de la psique humana sigue los mismos lineamientos. También se inicia a partir de lo que a simple vista es la nada, pues psíquicamente hablando, tampoco parece haber nada construido en el recién nacido y los órganos se crean en torno a un punto de gran sensibilidad. En este caso también se acumula material y la encargada de hacerlo es la mente absorbente. Luego aparecen puntos de sensibilidad extrema, los que desarrollan una actividad tan intensa que un adulto apenas si podría imaginarla, como en el caso de la adquisición del lenguaje. No es la psique lo que se desarrollará a partir de estos puntos, sino los órganos que la psique necesitará. También en este caso se desarrolla de forma independiente cada órgano, como en el caso del habla, la capacidad para medir distancias u orientarse en un medio cualquiera o para pararse en dos piernas y otros movimientos coordinados. Cada uno se desarrolla alrededor de un interés tan pronunciado que hacen que al niño le resulte especialmente atrayente un determinado grupo de acciones. En cada caso, una vez que el órgano se ha formado, desaparece la sensibilidad; cuando todos los órganos están en condiciones, se unen y generan la entidad psíquica.

Obviamente, no se puede comprender la construcción de la psique del niño si no se conocen estos períodos sensitivos y el orden en el que se manifiestan. A veces se nos dice que las generaciones anteriores no sabían nada de esto y sin embargo los niños crecían sanos y fuertes; pero no debemos olvidar que vivimos en una civilización muy artificial, en la que se adormecen o eliminan muchos de los instintos naturales con los que la naturaleza ha dotado a las

madres. Hasta una madre de vida sencilla puede ayudar al niño instintivamente en su período sensitivo, ya que al llevarlo consigo a todas partes y protegerlo con su amor materno le proporciona el medio necesario. Pero a las madres de hoy ya no les queda mucho de ese instinto, y la humanidad se encamina hacia la degeneración. Por lo tanto, es tan importante estudiar las etapas del instinto materno como las del desarrollo natural de los niños, pues se supone que ambas se complementan. Las madres tienen que retornar la cooperación con la naturaleza, o la ciencia tiene que hallar alguna manera de proteger y alentar el desarrollo psíquico del niño como, en su momento, halló la manera de proteger y alentar el desarrollo físico. El amor maternal es una fuerza, una de las fuerzas de la naturaleza, y los científicos deben dedicarle su atención para que las madres puedan colaborar conscientemente, ya que no pueden hacerlo instintivamente. La educación tiene que enseñarles que desde el nacimiento pueden proteger conscientemente las necesidades psíquicas de sus hijos y que no es conveniente delegar estas funciones en guarderías impecablemente higiénicas con niñeras muy bien preparadas pero que apenas satisfacen sus necesidades físicas. Es un hecho comprobado que esos niños hasta pueden llegar a morir de un mal que llamaríamos inanición mental o simple aburrimiento.

Esto quedó demostrado de modo impresionante en una ciudad de Holanda donde se creó una institución que enseñaba a los padres de escasos recursos a cuidar a sus hijos higiénicamente. A los niños pobres que habían perdido a sus padres se los mantenía en condiciones científicamente perfectas, con buena alimentación y al cuidado de niñeras instruidas en los últimos adelantos en materia de higiene. Pero en este grupo se expandieron las enfermedades y hubo muchos niños que murieron; en cambio, los niños pobres que habían llegado a la clínica con sus padres no sufrieron ninguna enfermedad y por supuesto estaban mucho más sanos que los agraciados hijos de la higiene. Entonces los médicos comprendieron que faltaba algo vital en su institución e implementaron algunos cambios. Las niñeras comenzaron a portarse como las madres lo hacen con sus propios hijos, los alzaban y jugaban con ellos; hacían lo que hacen las madres que no saben nada de estos cuidados científicos y se guían por el amor natural, que no sobreprotegen a sus hijos ni los aíslan de otra gente...y así los niños comenzaron a crecer sanos y felices y a sonreír.

## 5. CONDUCTISMO

Ni los últimos descubrimientos ni las teorías que de ellos se desprenden dan una explicación completa del misterio de la vida y su desarrollo, pero sirven para mostrar e ilustrar ciertos hechos y nos permiten apreciar cómo se produce el crecimiento. Un hecho bien establecido es que el esquema de construcción es uno solo y todos los tipos de vida animal se ajustan a él. Es posible rastrear materialmente el esquema en el embrión, seguirlo en el estudio de la psicología infantil y reconocerlo en la sociedad. Vale la pena mencionar que en una primera etapa todos los embriones animales son similares, no importa si son de hombre, conejo o lagarto. Antes de adquirir sus características propias, todos los vertebrados tienen que atravesar las mismas etapas, pero una vez que se completa el desarrollo embrionario las diferencias son abismales. Con la misma certeza, podemos afirmar que un bebé recién nacido es un embrión psíquico, así que todos los niños son iguales cuando nacen y necesitan que se los trate y eduque de igual manera durante la etapa de crecimiento embrionario, de encarnación de la mente. Más allá del tipo de hombre que surja como resultado de la obra del niño –genio, obrero, santo o criminal- todos tienen que atravesar estas etapas de encarnación. Según este concepto, en los primeros años de vida la educación debe ser igual para todos y la que debe dictarla es la naturaleza misma, que ha infundido en el ser en crecimiento ciertas necesidades. Es cierto, sí, que más adelante cada individuo se diferenciará de los demás, pero estas diferencias no las provocamos nosotros, ni siquiera podemos hacerlo. Hay una individualidad interior, un yo que se desarrolla en forma espontánea, independientemente de nuestra voluntad, y lo único que podemos hacer es colaborar con aquellos que sean genios, generales o artistas en potencia, ayudarlos a que saquen a la luz su capacidad y quitar los obstáculos que se interpongan en su camino hacia la realización. Ya hemos mencionado la existencia de puntos de gran sensibilidad alrededor de los cuales se forman los órganos y hemos detallado cómo se conectan entre sí a través del sistema nervioso y circulatorio. Pero la ciencia no está en condiciones de explicar el paso siguiente, la creación de un ser vivo, libre e independiente, distinto de todos los demás y con su propio carácter.

En Filadelfia, en 1930, se hizo un hallazgo biológico que refutó todas las teorías de la época. Se descubrió que el centro nervioso de la visión ubicado en el cerebro se formaba antes que el nervio óptico y mucho antes que el ojo. Esto llevó a la conclusión de que en los animales se forma primero lo psíquico y luego lo físico, de donde se desprende que los instintos de cada animal y sus hábitos naturales quedan establecidos antes de que se forme su correspondiente físico. Si la parte psíquica es preexistente, la parte física se encarga de terminar su propia construcción amoldándose a los requerimientos de la psique, de los instintos; los órganos y las extremidades de los animales, cualquiera que sea la especie, son los que mejor se adaptan para expresar esos instintos. La nueva teoría se llama “Conductismo” y se opone a la vieja idea de que los animales adoptan determinados hábitos para poder adaptarse al

medio. Antes se creía que el adulto provocaba con su voluntad todas las modificaciones corporales necesarias en la lucha por la supervivencia y que, con el paso de las generaciones, se iba logrando gradualmente una adaptación perfecta. La nueva teoría no niega nada de esto, pero se centra principalmente en las costumbres o conductas instintivas del animal, el cual sólo logrará adaptarse al medio si pone todos sus esfuerzos dentro de los límites de su propia conducta. Tomemos como ejemplo la vaca, un animal fornido, robusto y vigoroso. Podemos buscar los orígenes de su evolución en la historia geológica. Aparece cuando ya hay una vegetación abundante sobre la Tierra. Uno se pregunta por qué ha elegido comer pasto, el alimento de más difícil digestión que se pueda encontrar: digerir pasto cuesta tanto que hacen falta cuatro estómagos para ello. Si tan sólo hubiera sido una cuestión de supervivencia, habría sido mucho más fácil buscar otro tipo de alimento, ya que comida era lo que sobraba. Han pasado millones de años y sin embargo seguimos viendo vacas que, en condiciones naturales, sólo comen pasto. Una mirada detenida nos muestra que la vaca corta el pasto cerca de la raíz, pero nunca arranca la planta; es como si supiera que a la hierba hay que cortarla a ras del suelo para facilitar el crecimiento de las raíces subterráneas, porque de otra manera, una vez que la planta madurase, se moriría. Paralelamente, el pasto es de vital importancia para la preservación de otras formas de vida vegetal, ya que sujeta al suelo los granos de arena o trozos de tierra que de lo contrario se volarían con el viento. Sirve para estabilizar el suelo, pero también sirve como fertilizante, dejando la tierra apta para otra vegetación: así de importante es el pasto en la economía de la naturaleza. Pero además de cortarlo hacen falta dos cosas más: hay que abonarlo y apoyarle mucho peso encima. ¿Existe una máquina agrícola que cumpla estas tres funciones mejor que la vaca? Esta máquina maravillosa no sólo se ocupa del cuidado del pasto y el mantenimiento del suelo, sino que da leche. Sí, la conducta de la vaca parece especialmente preparada para satisfacer los designios de la naturaleza. Del mismo modo, los cuervos y los buitres brindan sus servicios en otra esfera: son empleados en el departamento de limpieza.

Estos ejemplos atañen a la elección de comida por parte de los animales, y si los multiplicamos por los cientos de casos similares que se dan en el medio ambiente, podremos inferir que los animales no comen con el único objeto de saciar su hambre; su conducta les prescribe la misión que deben cumplir para mantener la armonía en la creación, tarea en la que participan todos los seres, animados e inanimados. Hay otros animales que comen de manera tan desmedida que tienen que perseguir otro fin además de la supervivencia. No comen para vivir, viven para comer. Un ejemplo es la lombriz, que come diariamente una cantidad de tierra equivalente a doscientas veces su volumen. Fue Darwin el primero que dijo que sin las lombrices la tierra sería menos productiva. Otro caso que nos resulta familiar es el de las abejas y su función en la polinización. En este conductismo empezamos a notar que los animales se sacrifican por otras formas de vida, y que no comen con el único fin de prolongar su existencia. Análogamente, en el océano hay organismos unicelulares que actúan como filtros, liberan el agua de ciertas sales

venenosas, para lo cual beben una cantidad que, guardando las proporciones, equivaldría que un ser humano tomara cinco litros por segundo durante toda la vida. Los animales jamás comprenderán los mandatos que los relacionan con la tierra y su cuidado, pero de su labor dependen las formas de vida más elevadas, la superficie misma de la Tierra, la pureza del agua y el aire.

Con esto queda bien claro que existe un plan predeterminado, que los órganos se forman para cumplir con ese plan y que el objeto de la vida es obedecer ese oculto designio que armoniza todas las cosas y hace que el mundo sea cada vez mejor. El mundo no fue creado para que nosotros lo disfrutemos, nosotros fuimos creados para mejorar el cosmos.

Al estudiar la especie humana y compararla con otras especies animales, encontramos algunas diferencias: la más importante es que a la humanidad no se le ha asignado ningún movimiento físico característico ni ningún hábitat específico. De todos los animales, el hombre es el que se adapta con más facilidad a todo tipo de clima, tropical o ártico, desértico o selvático; sólo el hombre es libre de ir adondequiera. También es capaz de realizar toda clase de movimientos: con las manos puede hacer cosas que ningún otro animal ha podido efectuar. Parecería que la conducta del hombre no tiene límites, el ser humano es libre. Posee el lenguaje más variado; en cuanto a los movimientos, camina, corre, salta y gatea; es capaz de tomar posturas artificiales cuando danza y de nadar como un pez. Sin embargo, en el momento del nacimiento, el bebé no cuenta con ninguna de estas habilidades; tiene que ir conquistándolas durante su más tierna infancia. El niño, que nació sin poder moverse, casi paralizado, con la práctica aprende a caminar, correr y trepar como otros animales, pero tiene que hacerlo con su propio esfuerzo. Adquiere todas las facultades humanas, que desde ya son mucho más variadas que las de los animales, pero debe adaptar el ser que está construyendo a ciertas condiciones en las que tendrá que vivir –como el clima- y los requerimientos de una civilización que cada vez se torna más complicada. Si el hombre tuviera una conducta estática como los animales, no se podría adaptar a las nuevas condiciones que van cambiando de generación en generación. Todo hace suponer que la naturaleza ha impuesto la tarea de la adaptación sólo para la niñez; el adulto no se adapta. El adulto mira a su tierra como el mejor sitio del mundo, no importa si tiene muchos defectos, y jamás logra dominar por completo los sonidos de un idioma extranjero, aunque sea mucho más simple que el suyo, el cual le resultó tan fácil de aprender en la infancia. Los adultos pueden admirar un paisaje y recordarlo, pero el niño lo absorbe inconscientemente y lo convierte en parte de su psique; así encarna en sí mismo lo que oye y ve, como el idioma, y produce transformaciones reales. Los psicólogos llaman a este tipo de memoria “mneme” y su función es construir una conducta que se adapte al sitio, la época y mentalidad de la sociedad en la cual vive el individuo. A veces los adultos tienen sentimientos o prejuicios, en especial los religiosos, que tal vez su razón rechace; sin embargo, nunca lograrán desprenderse del todo de ellos porque son parte de su persona o, como se dice comúnmente, porque “lo llevan en la sangre”.

De esto se sigue que para cambiar las costumbres de una nación o para acentuar más vigorosamente las características de un pueblo, nuestro instrumento debe ser el niño, pues si nos manejáramos con los adultos no podríamos hacer mucho en este aspecto. Para cambiar una generación o una nación, para ejercer una influencia buena o mala sobre ellas, para revitalizar la religión o mejorar la cultura, hay que centrarse en el niño, que es omnipotente. No hace mucho tiempo los nazis y fascistas, que cambiaron la personalidad de pueblos enteros a través del trabajo efectuado en los niños, demostraron la veracidad de esto.

## 6. LA EDUCACIÓN DESDE EL NACIMIENTO

El recién nacido dista mucho de estar completamente desarrollado; ni siquiera está físicamente completo. En los pies, los encargados de pisar la tierra y quizás invadir el mundo entero, todavía no tiene huesos, sólo cartílagos; el cráneo, que recubre el cerebro y debe ser su infranqueable defensa, apenas tiene unos pocos huesos ya formados. Algo aún más importante es que los nervios no están completos, por lo tanto, falta orden central y unificación entre los órganos, y en consecuencia no hay movimiento; en este sentido, el hombre se diferencia de otras especies, en las que la cría tiene la fuerza suficiente para moverse y caminar casi inmediatamente después de haber nacido.

De hecho, hay que considerar que el niño tiene una vida embrionaria anterior y posterior al nacimiento. Esta vida se ve interrumpida por un gran acontecimiento, la aventura de nacer, que lo zambulle en un mundo totalmente nuevo. El cambio es abismal, es como salir de la Tierra y entrar en la Luna. Pero esto no es todo; para dar ese paso gigantesco, el niño debe soportar un terrible esfuerzo físico. Por lo general, después de un parto se piensa en la madre y las dificultades que tuvo, pero el bebé pasa por una prueba aún mayor, en especial si se tiene en cuenta que, aunque está dotado de vida psíquica, todavía no está completo. El niño carece de facultades mentales porque primero tiene que crearlas; es así que este embrión psíquico, que incluso físicamente está incompleto, debe elaborar sus propias facultades.

Este ser que ha nacido sin fuerzas ni posibilidades de moverse tiene que estar dotado de una conducta que lo lleve a adquirir el movimiento. Aquellos instintos que en otros animales aparentemente se despiertan con el nacimiento, tan pronto como el animal entra en contacto con el medio, en el caso del hombre deben estar desarrollados por el embrión psíquico al mismo tiempo que se crean las facultades que se corresponden con los movimientos. Mientras ocurre esto, va finalizando el desarrollo de la parte física del embrión, se completa la unificación de los nervios y el cráneo se osifica.

Apenas rompen la cáscara del huevo, los polluelos ya están esperando que venga mamá gallina y les enseñe a conseguir comida, y de inmediato se empiezan a comportar igual que el resto de los pollitos. Así lo hacen hoy, así lo hicieron las generaciones pasadas y presumiblemente siempre será así. Pero el hombre primero tiene que desarrollar su psique y adaptarse al medio y las condiciones cambiantes de una sociedad en constante evolución; no en vano la naturaleza ha tomado la precaución de mantener el cuerpo inerte mientras el esqueleto y el sistema nervioso le ceden la prioridad a la aparición de la inteligencia. Para que el medio encarne en la psique, la inteligencia tiene antes que observarlo y estudiarlo; obviamente, tiene que extraer de su entorno una gran cantidad de impresiones, tal como el embrión físico al principio acumula células y sólo después las utiliza para edificar sus órganos específicos.

Así es que se ha establecido que el primer período de la vida se destine a la acumulación de impresiones del medio y, por lo tanto, sea la etapa de mayor actividad psíquica, en la que se absorba todo lo relacionado con el entorno. A los dos años, el ser físico se encuentra próximo a la formación completa y empiezan a delimitarse los movimientos. Anteriormente se suponía que los niños pequeños no tenían vida psíquica... ¡y ahora nos venimos a dar cuenta de que la única parte que mantienen activa durante el primer año es el cerebro! A diferencia de otros animales, a los que les basta con despertar sus instintos para manifestar su conducta, el rasgo más importante de los bebés humanos es la inteligencia. La mente del niño tiene que asimilar el presente de una civilización vital que lleva cientos de miles de años de constante evolución y que tiene ante sí cientos de miles de millones de años, un presente que se extiende más allá de cualquier límite hacia el pasado o el futuro y que se modifica segundo a segundo. Esta inteligencia se manifiesta en infinitos aspectos, en tanto que la de otros seres sólo opera en un aspecto, que además es estático. Resulta evidente que la psique humana nace en medio del misterio, y está probado que sus inicios se remontan hasta antes del nacimiento, pues en la mente del recién nacido hay potencialidades tan fuertes que son capaces de crear cualquier facultad o hacer que el hombre se adapte a todo tipo de condiciones.

Los psicólogos actuales se asombran por lo que ellos llaman “la difícil aventura del nacimiento”, y extraen la conclusión de que el bebé debe sufrir una tremenda sensación de pánico. Un término científico usado en psicología es el “terror del nacimiento”: no es un terror consciente, pero sin ninguna duda es posible que el recién nacido se sienta asustado, como cuando se lo sumerge de golpe en agua fría, se lo expone a una fuerte luz o se lo deja en manos de algún extraño. Después del parto, una madre común y corriente siente el instinto natural de mantener a su hijo abrazado contra su cuerpo; como no le queda mucha energía se mantiene quieta por su propio bien y así le brinda al bebé la paz necesaria, le transmite su calor y lo protege de muchas sensaciones. Las gatas ocultan a sus crías en algún lugar oscuro y las protegen con fiereza del contacto con extraños, pero a las madres humanas les queda poco de su instinto natural; ni bien nace el bebé, bien alguien que lo lava y lo viste y lo lleva a la luz para ver de qué color tiene los ojos; su ignorancia hace que lo exponga a una nueva conmoción y le provoque más miedo. Hoy, podemos notar las consecuencias del terror del nacimiento en los problemas de personalidad que se van manifestando con el tiempo en el desarrollo del niño; hay una deformación psíquica que hace que el niño ya no sea normal y vaya por el mal camino. Estas dificultades forman parte de las llamadas “regresiones psíquicas” y se caracterizan por un rechazo a la vida; pareciera que estas criaturas se aferraran a algo que existía antes de nacer y sintieran una repulsión hacia el mundo. Dormir mucho puede resultar normal en un recién nacido, pero en los casos de regresión, el sueño se prolonga demasiado para ser considerado normal. Otro síntoma es que estos niños suelen despertarse llorando y tienen pesadillas con frecuencia; otro, que se apegan demasiado a alguien, por lo general la madre, como si temieran que los dejaran

solos. Esta clase de niños siempre lloran por cualquier cosa, siempre necesitan que los estén ayudando, siempre están desganados, deprimidos, sin ánimo de compartir alguna actividad con los demás. Evidentemente estos seres están en inferioridad de condiciones con respecto a otros en la lucha por la supervivencia; no serán ellos los que tengan la alegría y el coraje de vivir y experimentar una felicidad normal. Esta es la terrible respuesta del subconsciente. La memoria consciente olvida, pero las impresiones grabadas en la "mneme" se retienen como características del individuo. He aquí una gran amenaza para la humanidad: el niño que no ha recibido el cuidado adecuado busca vengarse de la sociedad convirtiéndose en un individuo débil que será un obstáculo para el progreso de la civilización.

A diferencia de estos niños con regresiones, el niño normal muestra una fuerte tendencia a ser independiente. Cada conquista, cada paso que da para lograr una mayor autonomía, y cada obstáculo que supera constituyen su desarrollo. La fuerza vital que lo obliga a independizarse se llama "horme" y se la puede comparar con la que en los adultos es la fuerza de voluntad, aunque esta última es mucho más débil y se limita al individuo, en tanto que la "horme" pertenece a la vida misma, es una fuerza divina al servicio de la evolución. En el niño en crecimiento normal, se manifiesta en forma de entusiasmo, felicidad, "alegría de vivir". Cuando nace, se libera de una prisión, el cuerpo de la madre, y logra independizarse de las funciones biológicas de ella; está dotado del impulso a enfrentar y conquistar el medio, pero para ello éste debe resultarle agradable. Tal vez podríamos afirmar que siente amor por lo que le rodea. Los primeros órganos que entran en funcionamiento son los de los sentidos, cuando el niño normal ya capta todo; pero todavía no distingue un sonido de otro, o entre cada objeto: primero toma el mundo, luego lo analiza.

A los seis meses, se presentan ciertos fenómenos que indican que el crecimiento es normal. Hay cambios físicos, porque el estómago empieza a segregar un ácido necesario para la digestión y aparece el primer diente. Este es un avance gigantesco hacia la independencia. Para esta misma época, el niño empieza a pronunciar sus primeras sílabas, el primer ladrillo de ese gran edificio que será el lenguaje. Pronto podrá expresarse y no tendrá que depender de que los demás adivinen sus necesidades. Ésta es en verdad una enorme conquista en su camino hacia la independencia. Un poco después de esta hazaña, al año de edad, el niño aprende a caminar y de ese modo se libera de una segunda prisión. Uno tras otros, todos esos pasos llevan al hombre a la libertad, pero hasta el momento tales avances no han sido voluntarios: la independencia es un don natural y ella es la que lo conduce a ser libre.

Aprender a caminar es una conquista muy importante, de una enorme complejidad, pero a pesar de ello se alcanza en el primer año de vida, junto con la conquista del lenguaje y la orientación espacial. Los animales inferiores ya son capaces de caminar cuando nacen, pero la naturaleza humana es más refinada y necesita más tiempo. La habilidad de pararse y caminar erguido depende del crecimiento de un sector del cerebelo; cuando el niño tiene seis

meses, éste empieza un proceso de rápido desarrollo que continuará hasta los catorce o quince meses. En concordancia perfecta con este crecimiento, el niño se sienta a los seis meses, empieza a gatear a los nueve y a los quince camina con paso seguro. Hay un segundo factor determinante en esta conquista motriz: se completa la formación de ciertos nervios de la columna vertebral a través de los cuales el cerebelo envía mensajes a los músculos. Y también un tercero: se completa la estructura ósea de los pies y el cráneo para que el cerebro esté protegido ante cualquier lesión que se pudiera producir si el niño llegara a caerse.

No existe sistema educativo que le enseñe al niño a caminar antes de tiempo; aquí es la naturaleza misma la que ordena, y hay que obedecerla. Más aún, todo esfuerzo por mantener quieto al niño que ha empezado a caminar y correr es vano porque la naturaleza impone que se ponga en funcionamiento cada órgano ya desarrollado. Del mismo modo, una vez que surge el lenguaje, el niño comienza a platicar y es sabido que no hay nada más difícil que hacerlo callar. Si le impidieran hablar y caminar, le estarían coartando el desarrollo; habría que otorgarle libertad para darle vuelo a sus facultades, para que hiciera uso de su independencia. Los psicólogos sostienen que la conducta se afirma en cada individuo mediante la experiencia y el contacto con el medio, y por lo tanto la tarea primordial de la educación es generar un medio que ayude al niño y le permita desarrollar las funciones que le dio la naturaleza. No es cuestión de complacer los deseos del niño, se trata de cooperar con un mandato natural.

Al observar a los niños, se descubre que por lo general se sienten ansiosos por actuar con independencia; quieren cargar cosas, vestirse y desvestirse solos, comer sin que los ayuden... y no lo hacen porque se lo digan los adultos; por el contrario, sienten una necesidad tan fuerte que nuestra reacción es empeñarnos e contenerlos; pero al hacer esto, estamos peleando contra la naturaleza, no contra la voluntad del niño: Después muestran una tendencia a desarrollar la mente mediante la experiencia personal, y es así que comienzan a indagar la razón de por qué las cosas son como son. Esto no es pura teoría, son hechos claros y naturales, revelados y confirmados por la observación. Decimos que la sociedad tiene que dejarles libertad completa a los niños, asegurarles la independencia, pero no hay que confundir estos ideales de libertad e independencia con la concepción poco clara que los adultos tienen de ellas. En realidad, la mayoría de la gente tiene una noción muy pobre de lo que significa la libertad. La naturaleza otorga la vida al proporcionar libertad e independencia, pero también impone leyes relacionadas con la época y las necesidades particulares que ésta suscita. La naturaleza hace de la libertad una norma de vida –la elección entre ser libre o morir. Hoy, la naturaleza nos brinda una herramienta para interpretar nuestra vida en sociedad mediante la observación del niño, que es un espejo de la realidad. La independencia no se presenta como algo estático, sino como un trabajo infatigable en la lucha permanente por conquistar la libertad, la fortaleza, y la perfección. Al darle libertad e independencia al niño, estamos liberando a un obrero que se siente impulsado a trabajar y que no puede vivir sin mantenerse en actividad, pues

ésta es la forma de existir de todos los seres vivientes. La vida es actividad, y sólo a través de la actividad se puede perseguir y encontrar la perfección de la vida. Algunas aspiraciones sociales que nos fueron legadas por la experiencia de generaciones pasadas nos presentaban como ideal una vida con pocas horas laborales en la que otra gente trabajara para nosotros: éstas son las características naturales de un niño mal formado que le huye a la vida.

Un problema particular al que se enfrenta la educación es cómo ayudar a estos niños mal formados, cómo curar las regresiones que causan retrasos o desvíos en el desarrollo normal. Dado que este tipo de niños no siente ningún amor hacia el entorno y considera insuperables los obstáculos que le impiden conquistar su medio, lo primero que hay que hacer es eliminar la mayor cantidad posible de obstáculos y después hacer que el medio le resulte agradable. Luego hay que proponerle al niño una actividad atractiva, algo interesante que lo incite a seguir experimentando. Entonces, tal vez se consiga que abandone sus ganas de no hacer nada y se interese en algo que lo estimule a trabajar, que abandone la pereza y se vuelva activo, que abandone ese estado de pánico que tan a menudo se traduce en un apego exagerado y acepte que hay que separarse de los demás, que adquiera la libertad para ser feliz y que conquiste la vida.

Ahora podríamos enunciar ciertos principios para la educación de un niño durante los primeros dos años de vida. Inmediatamente después del nacimiento, el bebé debe permanecer con la madre tanto tiempo como sea posible y en su entorno no debe haber nada que obstaculice la adaptación, como una temperatura distinta de aquella a la que el niño estaba acostumbrado antes de nacer, demasiada luz o demasiado ruido, pues él viene de un lugar donde reinaban el silencio y la oscuridad: hay que tocar y mover con sumo cuidado al bebé; no se le debe sumergir en la bañera de golpe ni se le debe vestir luego bruscamente y de prisa –cualquier brusquedad al tocar a un recién nacido inevitablemente lo afectará, pues el bebé es exquisitamente delicado, tanto física como psíquicamente. Lo mejor es mantener al recién nacido sin ropa, en una habitación bien calefaccionada y en la que no corra viento, y para llevarlo de un lugar a otro, abrigarlo con una capa suave; de esta manera permanecerá en una posición similar a la fetal. En la actualidad hay una tendencia a cuidar a los bebés con la misma dedicación con que se atiende a los hombres malheridos, sólo que con más esmero y minuciosidad. Además de la protección y el cuidado higiénicos, habría que considerar a madre e hijo como dos partes inseparables de un mismo cuerpo, que siguen vitalmente conectadas por un magnetismo animal; necesitan estar aislados de los demás por un tiempo y recibir todo tipo de atención y cuidados. No es aconsejable que los parientes o amigos besen y acaricien al bebé ni que las enfermeras lo separen de la madre.

Una vez que se ha superado esta primera etapa, el niño se adapta con facilidad al mundo al que ha ingresado y comienza a recorrer el camino hacia la independencia. Su primera conquista es el uso de los sentidos, una actividad enteramente psíquica, ya que por el momento su cuerpo está inerte. El bebé

mantiene los ojos en constante actividad; no sólo percibe imágenes, las busca como si fuera un investigador. A diferencia de los animales inferiores, que tienen una observación limitada y sólo se sienten atraídos hacia ciertos objetos guiados por su comportamiento, el niño no tiene límites, capta todo e medio y lo incorpora a su psique. Quiere el mundo, todo lo que le rodea, para así adaptarse a la vida. Es un grave error recluirlo en una guardería (algo así como una cárcel) con una niñera por toda compañía, y hacerlo dormir todo lo posible como si estuviera inválido. La niñera no le hablará mucho porque es higiénico tener la boca tapada. ¿Cómo entonces el niño aprende a hablar? Además, la niñera pertenece a un medio social distinto al del niño, el cual no podrá tomar de ella el vocabulario que necesitará más adelante. En este sentido, los niños ricos de los países civilizados son los que reciben el peor trato, porque los dejan pasar poco tiempo con su madre o las amigas de ésta, los ponen a cargo de niñeras inhumanamente competentes, y los llevan en cochecitos con capotas para protegerlos del sol y del frío, con lo cual les impiden darse el lujo de mirar algo más interesante que la cara de la niñera. Estos niños se vuelven apáticos y aburridos o tienen ataques de llanto o mal humos porque sufren de inanición mental y, al menos mentalmente, están desnutridos. Es más feliz el niño que va con su madre a todas partes, a la calle y el mercado, en colectivo y en tren, que escucha y mira, que acumula impresiones de vital interés y anda seguro todo el tiempo bajo el cuidado de su protectora natural.

## 7. EL MISTERIO DEL LENGUAJE

Un lenguaje es la expresión de un acuerdo entre un grupo de personas y sólo lo comprenden los que han convenido que a determinados sonidos les corresponden determinadas ideas. Otros grupos utilizan otros sonidos para representar las mismas ideas, por lo que el idioma constituye un muro que separa a un grupo de otro y, simultáneamente, une entre sí a los miembros de un mismo grupo. El lenguaje es el instrumento para pensar en conjunto y se fue haciendo más complicado a medida que los pensamientos del hombre se hicieron más complejos. Los sonidos que se usan en la formación de palabras son pocos, pero se los puede combinar de muchas maneras diferentes, así como se pueden agrupar de distintas formas a las palabras para conformar una oración que servirá para expresar una idea. El hecho de que para lograr algo, los hombres deben unirse y ponerse de acuerdo, y para ponerse de acuerdo tienen que usar el lenguaje, la mayor de las abstracciones (una especie de superinteligencia) constituye un gran misterio.

Ha habido idiomas que se volvieron tan complicados y rígidos en su forma que murieron, y las lenguas derivadas de ellos tomaron su lugar; pero por difícil que nos resulte aprender a fondo el latín, ése era el idioma que hablaban los esclavos de la Roma Imperial y los labradores que trabajaban en el campo, aunque nadie se los había enseñado. Seguramente, a los niños de tres años no les costaba nada hablarlo y entenderlo. Hoy se ha despertado una gran curiosidad en torno a este misterio: los psicólogos estudian el desarrollo del lenguaje en los niños y destacan que el lenguaje se forma, ¡no se enseña! Surge como algo natural, una creación espontánea; su desarrollo se amolda sorprendentemente a leyes bien definidas, y en ciertas épocas alcanza niveles muy elevados; además, este proceso se lleva a cabo en todos los niños, así pertenezcan a una nación que habla un idioma simple o complejo. En todos los niños hay una etapa en la que sólo se pronuncian sílabas, luego se articulan palabras de más de una sílaba y en una tercera etapa se asimilan la sintaxis y la gramática completa (género y número, tiempo, modo y aspecto). Un niño que se crió en un ambiente culto ha aprendido a manejar su idioma correctamente en el mismo tiempo en que un niño pobre africano ha aprendido a utilizar las pocas palabras del suyo. Los sonidos que componen las palabras se producen mediante ciertos mecanismos de algunas partes del cuerpo, como la lengua, la garganta y la nariz, y ciertos músculos de las mejillas. Este proceso sólo se construye a la perfección en el caso de la lengua materna; si se trata de un idioma extranjero, un adulto ni siquiera reconoce todos los sonidos, y mucho menos se puede pretender que los reproduzca a la perfección. Sólo los niños menores de tres años son capaces de crear el mecanismo del lenguaje, y hablar en todos los idiomas que se hablen en el medio en que nacieron. La obra comienza en las tinieblas del subconsciente y allí el lenguaje se desarrolla y se afirma para siempre. Ciertos cambios se producen en las profundidades de la mente que son inaccesibles para el observador adulto, pero hay algunas manifestaciones externas que se pueden comprobar, las cuales son bastante

significativas y claras, y comunes a toda la humanidad. La primera conclusión es que los sonidos de cualquier idioma mantienen su pureza año tras año a lo largo de la vida del individuo; y la segunda es que el subconsciente del niño asimila las cosas complejas con la misma facilidad con la que asimila las cosas simples. No hay ningún niño que se canse de aprender a hablar; su mecanismo le brinda el lenguaje como un todo, así como el mecanismo de una película fotográfica realiza las mismas operaciones para captar la imagen de una o diez personas. La película registra la fotografía en una fracción de segundo; sin embargo, llevaría tiempo y esfuerzo hacer eso mismo a mano; y dibujar diez personas demoraría diez veces más que dibujar una sola.

Otra analogía interesante es que la fotografía se revela en la oscuridad; la imagen no puede exponerse a la luz en tanto no esté bien fijada, y entonces es inalterable. Lo mismo ocurre con el mecanismo humano del lenguaje en los niños: comienza en los abismos del subconsciente, allí se desarrolla y se fija, y sólo entonces se lo puede apreciar abiertamente.

A lo largo de pacientes observaciones y precisos registros diarios llevados a cabo desde el nacimiento, se han establecido ciertos hechos que pueden ser considerados como hitos. Hay un colosal y misterioso desarrollo interno que, externamente, apenas muestra signos de su existencia; la relación entre la actividad interna y lo que se puede ver es muy desproporcionada. Se ha descubierto que el progreso no es algo regular y gráficamente lineal, sino que da saltos, y suele ocurrir que desde la conquista de las sílabas hasta la de las palabras transcurren meses sin que se note ningún avance. Más tarde vuelve a suceder que el niño parece haberse estancado en un punto muerto en el que durante un largo período no sabe más que unas pocas palabras, pero la vida interna hace constantemente grandes progresos que de pronto saltan a la luz y constituyen lo que los psicólogos denominan un fenómeno explosivo. En esa etapa surgen de cada niño torrentes de palabras, todas pronunciadas a la perfección. En tres meses, los niños utilizan a la perfección los giros idiomáticos y las particularidades lingüísticas del idioma, y todo esto ocurre antes de que el niño normal haya cumplido dos años, sea de la raza que fuere. Estos fenómenos se siguen desarrollando después de los dos años y los niños pronto saben armar oraciones complejas, utilizan a la perfección los tiempos y modos verbales y conocen las dificultades sintácticas, siempre progresando de la misma forma explosiva, hasta que por fin son capaces de expresarse totalmente en su lengua. Sólo entonces el subconsciente le cede a la conciencia el tesoro que ha estado preparando, y el niño hace pleno uso de este nuevo poder y se la pasa charlando sin cesar con total desenvoltura.

Aparentemente, la frontera de la inteligencia está en los dos años y medio, edad en que ya se ha formado el hombre. Después de esta edad, el desarrollo deja de ser explosivo, aunque el niño que vive en un medio de buen nivel cultural amplía su vocabulario, y también el que está en condiciones más desfavorables llega a aprender más palabras. Algunos observadores científicos descubrieron en Bélgica que, mientras un niño de dos años y medio sólo tenía un vocabulario de doscientas palabras, uno de cinco sabía miles y las utilizaba,

y para ello no había necesitado ninguna maestra. ¡Y pensar que después de haber aprendido todo esto sin ayuda lo hacen ir a la escuela y le enseñan el alfabeto!

Es importante tener en cuenta otras cuestiones relacionadas con los mecanismos del lenguaje. En la corteza del cerebro hay dos centros: uno auditivo, para escuchar el lenguaje, y otro motor, para producirlo. El centro receptivo o auditivo se relaciona con el oído y con ese misterioso sector de la psique donde se desarrolla inconscientemente el lenguaje. La formación del oído se completa antes del nacimiento; se trata de una especie de arpa con sesenta y cuatro cuerdas ubicadas en orden según su longitud y dispuestas en forma de caracol para economizar espacio. Este órgano auditivo no es capaz de captar todos los sonidos del universo, pues apenas cuenta con sesenta y cuatro cuerdas, pero en él se puede tocar una música de lo más compleja; es capaz de transmitir un idioma con todas sus delicadas variaciones de tono y acento. Lo más curioso es que según los psicólogos, el oído es, de los cinco sentidos, el más lento en desarrollarse; se puede hacer todo tipo de ruidos alrededor de un bebé sin que éste muestre la más mínima reacción. Lo que ocurre es que estos centros del cerebro están diseñados para el lenguaje, y la totalidad del mecanismo solamente responde ante la palabra hablada; es por eso que, en su debido momento, se formará el mecanismo motor, que reproducirá esos mismos sonidos percibidos. Si estos centros no hubieran estado aislados y hubieran sido capaces de captar cualquier sonido, un niño nacido en una granja habría prestado atención a los sonidos más comunes en la vida del campo y estaría mugiendo, cacareando y balando, y un niño nacido cerca de las vías del ferrocarril reproduciría el traqueteo y la bocina del tren. Si el hombre habla es porque la naturaleza ha construido y preparado estos centros especialmente para el lenguaje humano. Ha habido casos comprobados de niños lobos, niños a los que por alguna u otra razón habían abandonado en la selva y milagrosamente pudieron sobrevivir. Aunque tenían a su alrededor todo tipo de sonidos animales y aves, crecieron completamente mudos, pues nunca habían oído hablar a ningún ser humano, única manera de poner en funcionamiento el mecanismo del lenguaje oral. Esta es la potencialidad que distingue al hombre, no la de poseer un lenguaje, sino la de tener un mecanismo capaz de crearlo. En esos misteriosos sitios de la mente hay un dios, un yo adormecido que se despierta ante los sonidos de la música de la voz humana, llamado divino que hace vibrar las cuerdas de la percepción. Todo grupo humano adora la música, crea sus propios acordes y su propio idioma, y responde a su propia música con movimientos del cuerpo; esta música se adosa a las palabras, pero las palabras por sí solas carecen de sentido en tanto no haya un acuerdo entre seres humanos que les dé un significado.

A los cuatro meses –algunos dicen que aún más temprano- el niño percibe que esta música que lo rodea y lo expresa tan profundamente proviene de la boca de los humanos, quienes mueven los labios para pronunciarla. Nótese con qué intensidad los bebés miran los labios. La conciencia ya toma partido en esta tarea, aunque los movimientos han sido preparados en el inconsciente; ahora

surge el interés consciente por darles vida a esos movimientos y hacer una serie de investigaciones atentas y sagaces. Luego de observar detenidamente todo durante meses, el bebé emite sus propios sonidos; de pronto sabe decir “pa-pa-pa” o “ma-ma-ma”: ya puede articular sílabas. Cuando está por cumplir once meses, ha descubierto que el habla no es tan sólo música que hay que imitar de la mejor manera posible, sino que detrás de los sonidos que le dirigen hay una intención. Así, cuando tiene casi un año han ocurrido dos cosas: en las profundidades del inconsciente ha comprendido el lenguaje y en lo alto de la conciencia lo ha creado, aunque hasta el momento se limita a balbucear y no hace más que repetir los sonidos y sus combinaciones. Luego pronuncia sus primeras palabras intencionadas, sigue balbuceando, pero ahora es consciente del significado de lo que quiere decir. En este momento se desata una lucha feroz entre la conciencia y sus mecanismos. Esta es una edad en que la inteligencia tiene muchas ideas y el niño sabe que si pudiera expresarlas a través del lenguaje lo entenderían; es la primera frustración de la vida y es la que, en su subconsciente, lleva al niño a la escuela y lo incita a aprender. Lleva a cabo esta presurosa adquisición del lenguaje mediante un impulso de la conciencia, y su maestro interior lo estimula para que se dirija a los adultos que están hablando entre sí, y no a él. Este impulso lo obliga a asimilar el lenguaje en su forma correcta, pero los adultos que no conocen esta situación le hablan en un idioma “infantil”, lo que al niño no le ayuda nada. Tenemos que darnos cuenta de que el niño sabe el lenguaje y que se le puede hablar usando las normas gramaticales, ayudándolo así a que pueda analizar oraciones. A veces el niño de uno o dos años tiene algo muy importante que decir y no encuentra las palabras para expresarlo: entonces se pone nervioso, hasta furioso y de mal humor. ¡Pobre criatura que lucha por su independencia y nadie lo entiende, como si esto fuera parte del pecado original! Cuando se carece de los medios adecuados, lo único que queda por hacer es tener esos ataques de furia.

Cerca del año y medio, el niño ha descubierto que cada objeto tiene un nombre y, por lo tanto, ahora puede elegir sonidos, en especial sonidos concretos, entre las palabras que ha aprendido. Esto le resulta muy importante porque puede pedir lo que desea, y en una sola frase suele acumular montones de palabras, lo que hace que las madres y maestras tengan que buscar con mucha atención y empatía la manera de interpretar lo que intenta decir, para así llevar la calma a un alma atormentada. Para ilustrar esto, tomemos un ejemplo. En un picnic, había una mujer española con su hijo; como hacía mucho calor, la madre se quitó el palto y se lo puso sobre el brazo. Enseguida el niño se puso nervioso y empezó a decir “¡To palda!”, y como nadie le entendía se puso a llorar con fuerza. A mi sugerencia, la señora se puso el palto; entonces el niño se apaciguó y empezó a reír. Los términos crípticos eran las abreviaturas de “palto” y “espalda”. Así que lo que en realidad había sucedido era que cuando la madre se había puesto el palto en el brazo se había alterado el sentido del orden del niño, pues éste no era el lugar correcto. Semejante desorden era más de lo que el niño podía tolerar.

Aquí va otro ejemplo que revela cómo un bebé de un año y medio comprende una conversación entera. Había unas cinco personas discutiendo el valor de un

cuento infantil, y la charla terminó con el comentario “tiene un final feliz”. El bebé no estaba para nada de acuerdo con esta conclusión, y empezó a gritar ¡Lola! ¡Lola! Pensaron que estaba llamando a la niñera por su nombre, pero eso no sirvió de mucho, y él no hizo otra cosa que angustiarse y enojarse aún más, hasta que por fin tomó el libro y les mostró que en la contratapa había un niño llorando. ¿Cómo iba a tener un final feliz si quedaba un niño llorando? La palabra “lo-la” era una tentativa por decir “llora”; quedaba claro que había estado siguiendo la conversación y la había entendido.

La agitación es una constante en la vida de los niños, y muy a menudo la causa de ello es que los adultos no logran comprenderlos correctamente. Lo cierto es que hay una riqueza interna que busca salir y expresarse, pero encuentra para ello grandes dificultades, ya sea las que impone el medio o las propias limitaciones del niño. Ciertos niños son más fuertes que otros o viven en un medio más favorable; avanzan con paso firme y sin regresiones hacia la independencia –el camino del desarrollo normal-. Lo mismo ocurre con la conquista del lenguaje –un paso ulterior hacia la independencia- que culmina con la libertad de expresión, pero en la que también hay peligros de regresión como contracara de estos avances. Los obstáculos que aparezcan en esta etapa tendrán un efecto permanente, pues todas las impresiones que se registran a esta edad quedan eternamente en la persona. A menudo los adultos tienen dificultades para expresarse, desde la vacilación y la falta de coraje para hablar hasta el tartamudeo, y estos defectos se originaron cuando se estaban organizando los mecanismos del habla. La causa de estas regresiones es la extrema sensibilidad del niño; del mismo modo en que es sensible a lo que le sirve para producir el lenguaje, también lo es para los obstáculos que no puede superar de tan grandes que son, y esta sensibilidad será un defecto que lo acompañará por el resto de la vida. Toda forma de violencia, en actos o en palabras, le produce un daño irreparable; en otros casos, hay una desviación en la sensibilidad debido a la tranquila pero firme determinación de algunos adultos de contener las manifestaciones externas de los niños. Las madres que pueden pagar lo que se conoce como una niñera bien preparada deben poner especial cuidado en que no tenga la tendencia a decir “Haz esto” o “No hagas aquello”; esta costumbre suele dar por resultados algún impedimento del habla, muy común entre aristócratas quienes, si bien físicamente no carecen de coraje, suelen dudar o tartamudear horrores cuando tienen que expresarse.

Muchos temores infundados o hábitos nerviosos de los adultos tienen como origen la violencia cometida contra su sensibilidad cuando eran niños; por lo tanto, es importante para la humanidad que se estudie detenidamente esta etapa de la niñez. La maestra debería iniciar el camino del descubrimiento e intentar adentrarse dentro de la mente del niño, del mismo modo en que los psicoanalistas penetran en el inconsciente de los adultos. Se necesita alguien que interprete al niño y su lenguaje, y yo, que he cumplido esta función, sé por experiencia propia que los niños corren entusiasmados hacia su intérprete, pues saben que él los puede ayudar. Tal entusiasmo es muy distinto al afecto pasajero que le devuelven al que les hizo una caricia o un mimo; el intérprete

representa una gran esperanza para el niño, porque le abre una puerta que el mundo le ha cerrado. Con un ayudante así crea un vínculo muy íntimo, más que con quien le brinda afecto, pues lo que aquél le ofrece es ayuda y no un simple consuelo.

## 8. EL MOVIMIENTO Y SU PAPEL EN LA EDUCACIÓN

El movimiento es el fin y la finalidad del sistema nervioso; sin movimiento el individuo sería impensable. El sistema nervioso, junto con el cerebro, los sentidos, los nervios y los músculos, pone al hombre en contacto con el mundo; en este aspecto se diferencia de otros sistemas organizados del cuerpo, que están exclusivamente al servicio del individuo físico y por ello se denominan órganos de la vida vegetativa. Los sistemas vegetativos le permiten al hombre gozar de buena salud y de la pureza de su cuerpo, pero el objetivo que se propone el sistema nervioso es más elevado que una pureza y exaltación análogas de la mente. La conducta de los animales no apunta simplemente a la belleza y la gracia en los movimientos; persigue un propósito más profundo, que es colaborar con la economía universal de la naturaleza. Lo mismo ocurre con el hombre: su objetivo no es ser más puro o mejor que otras especies, sino utilizar su riqueza espiritual, su grandeza estética en beneficio de los demás. Hay que exteriorizar los poderes y de ese modo completar el ciclo de las relaciones.

Es necesario tener en cuenta este punto de vista no sólo en la praxis vital, sino también en la educación. Si tenemos un cerebro, sentidos y órganos de movimiento, es para que los pongamos en funcionamiento, pues si no ejercitamos cada parte del cuerpo, nunca estaremos seguros de comprenderlas. El movimiento es la última etapa del ciclo del pensamiento, y la exaltación del espíritu se logra a través de la acción o el trabajo. Por lo general, se piensa que hay que utilizar los músculos para mantenerse sano; así, hay mucha gente que juega al tenis para estar en movimiento ¡o hasta salen a caminar para hacer bien la digestión y dormir mejor! Esta confusión se ha filtrado en la educación y es un error tan absurdo como hacer que un príncipe sea el sirviente de un pastor. El principesco sistema nervioso se ha convertido en una simple palanca que favorece el buen funcionamiento de los sistemas vegetativos. He aquí un grave error: dado que se considera a la vida física y a la psíquica dos entidades completamente separadas, hay que incluir juegos en los programas para que los niños se desarrollen tanto física como mentalmente. Es verdad que la actividad mental no tiene nada que ver con los pasatiempos físicos, pero no podemos separar lo que ha unido la naturaleza. Al considerar la vida física por un lado y la mental por el otro, estamos rompiendo el ciclo de las relaciones y haciendo que las acciones físicas del hombre queden relegadas de la esfera mental. El objetivo de las acciones del ser humano tiende a ser el de colaborar con la alimentación y la respiración, cuando en realidad los movimientos deberían ser los sirvientes de la vida entera y de la economía espiritual del mundo.

Es fundamental que las acciones del hombre se conecten en el centro —el cerebro— y ocupen su lugar. Mente y movimiento son dos facetas de un mismo ciclo, y el movimiento es su expresión superior. De otro modo el hombre no sería más que una masa de músculos sin cerebro; habría algo fuera de sitio,

como si hubiera un hueso roto que dejara incapacitada a la pierna entera. Para nuestra nueva educación resulta esencial que el desarrollo de la mente esté conectado con el movimiento y dependa de él. Sin movimiento no hay progreso ni salud mental. No es necesario demostrar ni probar formalmente la veracidad de lo dicho; para convencerse basta con contemplar y observar la naturaleza, en especial prestar atención al crecimiento del niño. De acuerdo con estudios científicos, la inteligencia se desarrolla a través del movimiento; experimentos realizados en todos los rincones del planeta confirmaron que el movimiento contribuye al desarrollo psíquico y que, a su vez, el desarrollo implica más movimiento; esto significa que existe un ciclo que debemos completar, pues mente y movimiento conforman una unidad. Los sentidos también ayudan a cerrar este ciclo, dado que una deficiencia en alguno de ellos hace que el niño sea menos inteligente.

Resulta lógico que el movimiento sea una expresión superior de la psique, pues aquellos músculos que dependen del cerebro se denominan músculos voluntarios y se mueven gracias a la voluntad del individuo, la cual es la energía primordial, indispensable para la vida psíquica. Los músculos constituyen la mayor parte del cuerpo y definen su figura. Son muchísimos; los hay delicados y voluminosos, largos y cortos, y cumplen toda una gama de funciones. Una de sus curiosas peculiaridades es que, si uno se mueve en una dirección, siempre habrá otro que se mueva en el sentido contrario, y en esta oposición se basa la elegancia de los movimientos. Aunque los individuos no sean conscientes de esto, así es como se efectúan los movimientos. En los animales, los movimientos son perfectos por naturaleza, y la gracia del tigre o la ardilla se debe a toda una riqueza de oposiciones puesta en juego para lograr la armonía. En el hombre este mecanismo no es innato y, en consecuencia, hay que crearlo a partir de la experiencia práctica y el contacto con el medio. No se trata tanto de ejercitar los movimientos como de adquirir coordinación. El bebé humano no nace con esta coordinación ya establecida, la tiene que crear y perfeccionar mediante la psique.

Una característica del ser humano es su capacidad de realizar una variedad de movimientos más amplia que la de cualquier otro animal, e incluso de apropiarse de algunas acciones de éstos. Posee en cuanto a sus movimientos una habilidad universal, pero para ello debe cumplir con una condición: primero tiene que elaborar su propia persona, creándola al principio de manera subconsciente, y luego voluntaria, a través de la repetición de ejercicios de coordinación. Como posee un sinnúmero de potencialidades, el hombre elige qué parte de esa riqueza va a utilizar. Ni los gimnastas nacen dotados de músculos especialmente fuertes, ni los bailarines con músculos refinados que les den gracia artística a sus movimientos; ambos los desarrollan gracias a su voluntad. No hay nada que esté establecido, pero todo es posible si se tiene voluntad; además, no todos los hombres realizan las mismas actividades, como sí lo hacen los animales de una misma especie. Cada persona sigue su rumbo, y el trabajo es una de las formas más importantes de exteriorizar la vida psíquica. Los que no trabajan corren serios riesgos de sufrir atrofia espiritual. Si bien hay demasiados músculos y no se los puede ejercitar a todos, hay una

cantidad mínima de músculos que hay que hacer trabajar para que la vida psíquica no corra peligro. Cuando se empezó a tomar conciencia de esto y se comprendió que había demasiados músculos ociosos, se introdujo la gimnasia en la educación.

Es imprescindible utilizar más músculos para así llevar una mejor vida psíquica, pero no necesariamente tiene que haber fines utilitarios detrás de esta ejercitación, como proponen algunas formas de educación moderna a las que llaman técnicas. El verdadero objetivo es que el hombre desarrolle una mejor coordinación de los movimientos y de ese modo enriquezca la faceta práctica de su vida psíquica. De lo contrario, el cerebro acabaría desarrollando movimientos ajenos a las órdenes centrales de la psique y reinaría el caos y la revolución en el mundo. Es posible que el trabajo no sea la prioridad en el arte de vivir, pero indefectiblemente se debe ampliar mediante el movimiento la capacidad de centralizar las facultades con que cuenta la mente, y para esta expansión no existen límites.

Mientras que en el resto de los animales los movimientos de las cuatro extremidades se desarrollan al mismo tiempo, el hombre es la única especie cuyas piernas tienen una función completamente distinta de la de los brazos, y su desarrollo es diferente. Cabe mencionar que el equilibrio y la habilidad para caminar son capacidades fijas que se encuentran en todas las personas, así que se podría decir que vienen dadas biológicamente. Todos hacen lo mismo con los pies, pero no con las manos, cuyo espectro de actividades sería imposible delimitar. Si bien los pies tienen una función biológica, a ésta le sigue el desarrollo interno del cerebro, con el resultado de que el hombre camina en dos piernas y los otros mamíferos usan las cuatro extremidades. Una vez que el hombre ha perfeccionado el arte de caminar en dos piernas, es capaz de mantenerse erguido y en equilibrio; pero esto no ha sido fácil, fue toda una conquista, para la que tuvo que aprender a apoyar los pies enteros en el suelo y no sólo los dedos como hacen los animales. Evidentemente, las manos no cuentan con esta orientación biológica, pues sus movimientos son totalmente variables, pero están relacionados con la psicología y su desarrollo no sólo depende de la mente del individuo, sino también de la vida psíquica de las distintas razas y de las épocas de la evolución humana. El hombre tiene la característica de pensar y actuar con las manos, y desde tiempos inmemoriales ha dejado huellas de su obra, que fue tosca o refinada según la civilización de que se tratara. Para saber cómo era la gente y la vida en ese pasado remoto del que ni siquiera quedan huesos, tenemos que estudiar las obras de arte; unas civilizaciones se basaban en la fuerza y han dejado tras de sí enormes e imponentes moles de piedra, mientras otras se nos revelan como culturas más refinadas. La mano acompaña la inteligencia, las emociones y los estados de ánimo, y ha dejado rastros de todo lo que fue quedando tras las peripecias del hombre. Si nos apartamos por un momento del punto de vista psicológico, la autora de todos los cambios que hubo en el ambiente es la mano del hombre. Si se edificó la civilización fue porque la mano siempre acompañó su inteligencia; entonces, no sería erróneo afirmar que la mano es el órgano de expresión de ese inmenso tesoro que le ha sido dado.

Es más, la legendaria práctica de la quiromancia se basa en el reconocimiento de la mano como órgano psíquico; los quirománticos afirman que toda la historia de la humanidad está escrita en la palma de la mano. De ahí que el estudio de la evolución psíquica del niño debe estar estrechamente ligado al de la evolución de la mano. Claro que, hasta cierto punto, la inteligencia del niño se desarrolla sin el uso de las manos, pero cuando las utiliza, alcanza un grado mayor; además, es un hecho que el niño que ha utilizado las manos desarrolla un carácter más fuerte. Si las circunstancias le impiden utilizar las manos, tendrá poco carácter, carecerá de iniciativa, no sabrá obedecer, y pasará todo el tiempo triste y sin ganas de hacer nada; en cambio el niño que tiene la posibilidad de trabajar con las manos mostrará un carácter firme. Un detalle interesante acerca de la civilización egipcia es que en la época en que el trabajo manual alcanzó su máximo esplendor en materia de arte, fuerza y religión, lo más halagador que se podía escribir en la tumba de una persona era que el difunto había sido un hombre de carácter.

Cuando se estudió el lenguaje, quedó bien en claro que el habla se relaciona especialmente con la capacidad de escuchar; en forma análoga, el desarrollo del movimiento está conectado con la vista. El primer paso en el proceso del movimiento es la captura o prensión; cuando la mano toma algo, inmediatamente se llama a la conciencia en su auxilio, y se genera la prensión; aquello que al principio fue un acto instintivo, ahora es un movimiento consciente. A los seis meses, el movimiento es totalmente intencional. A los diez, el niño se ha empezado a interesar en la observación del medio y quiere agarrar todo, es decir que la prensión viene acompañada por el deseo. Para empezar a ejercitar la mano, cambia las cosas de lugar, abre y cierra las puertas, abre los cajones, les pone tapón a las botellas, y así sucesivamente. Con estos ejercicios va adquiriendo habilidad. En esta etapa, no se ha acudido a la conciencia ni a la inteligencia para que orienten a las otras extremidades, aunque hay un rápido desarrollo del cerebelo, el encargado de asegurar el equilibrio. En este caso, el medio no tiene ninguna participación; el cerebelo ordena y el niño, con esfuerzo y ayuda, se sienta y se levanta solo. Al principio, el bebé se pone boca abajo y empieza a gatear y, si en esta etapa viene un adulto y le ofrece la mano para que se ayude y se pueda parar, el niño pondrá un pie delante de otro e intentará hacerlo, apoyado sólo en la punta del pie. Cuando por fin aprende a pararse sin ayuda, lo hace con todo el pie sobre el suelo, y se sujeta de las faldas de la madre para poder caminar; al poco tiempo caminará por sus propios medios y se complacerá de este nuevo logro que lo lleva hacia su independencia. En este momento, todo intento de los adultos por ayudar al niño se convierte en un obstáculo en el camino de su desarrollo. No hay que ayudarlo a caminar, y si quiere trabajar con las manos, tenemos que proporcionarle motivos para que se mantenga activo y dejarlo que proceda en busca de mayores conquistas rumbo a su independencia.

Una característica importante y notoria de los niños de un año y medio es la fuerza que tienen en las manos y los pies y la consecuente necesidad que sienten por hacer cualquier cosa en la que puedan esforzarse al máximo. Hasta ese momento, el sentido del equilibrio se ha desarrollado por separado

de la habilidad para usar las manos, pero en esa etapa ambos se ponen en contacto, y al niño le gusta caminar con algún peso encima, el cual casi nunca guarda proporción con su propio tamaño. La mano, que ya ha aprendido a sujetar cosas, ahora debe entrenarse para cargar objetos pesados. Es por ello que a veces se encuentra a niños de esta edad caminando despacio y haciendo equilibrio con una enorme jarra de agua en la mano. También manifiestan una tendencia a desafiar la ley de la gravedad: no se contentan con caminar, tienen que treparse sujetándose a cualquier cosa. Luego llega el período imitativo, en el cual el niño que tenga total libertad para actuar copiará con mucho entusiasmo todo lo que hagan los adultos a su alrededor. Así queda a la vista la lógica del desarrollo natural: primero el niño prepara sus instrumentos, manos y pies, y luego se ejercita y fortalece, y por último mira lo que hacen los demás y los imita, preparándose de ese modo para la vida y su libertad.

En esta etapa de su actividad, el niño es un gran caminante que necesita recorrer grandes distancias a pie, pero los adultos insisten en alzarlo o llevarlo en el cochecito y el pobre niño se tiene que imaginar que está caminando. No puede caminar, lo llevan; no puede trabajar, ¡trabajan por él! Aún está en el umbral de la vida y los adultos ya le inculcamos un complejo de inferioridad.

## **9. LA ACCIÓN IMITATIVA Y LOS CICLOS DE ACTIVIDAD**

La edad de un año y medio ha despertado el interés de los psicólogos y ha cobrado una importancia inigualable en materia de educación. Fisiológicamente, es el momento en que se adquiere coordinación entre la preparación de los brazos y las piernas, y psicológicamente, el niño está a punto de develar su madurez, pues a los dos años completará su formación con la explosión del lenguaje, y al año y medio ya se está esforzando por dejar salir todo lo que tiene en su interior.

Es un hecho reconocido que ésta es una edad de esfuerzos gigantescos, esfuerzos éstos a los que hay que brindar todo el apoyo necesario; también está probado que los niños muestran un instinto imitativo. Siempre se dijo que los niños copian todo, pero ésa era una idea muy superficial; se lo decía sólo para que los padres y maestros trataran de darles un buen ejemplo. El resultado no fue del todo feliz, porque creían que tenían que ser modelos de perfección cuando en realidad eran conscientes de que distaban mucho de ello. Anhelábamos una humanidad perfecta y pensábamos que el ser humano alcanzaría la perfección con el solo hecho de imitarnos, pero como teníamos defectos, nos encontrábamos ante un callejón sin salida.

No obstante, la naturaleza no se guía por ese razonamiento. Lo importante es que el niño tiene que estar preparado para imitar a los demás; esa preparación es lo fundamental y depende del esfuerzo del niño. Lo que requiere tal esfuerzo no es la imitación en sí, sino el hecho de crear en la psique la posibilidad de imitar, de convertirse en el objeto que se desee. La mera imitación no es suficiente para que un niño se convierta en pianista, pero es imprescindible que ejercite las manos para adquirir la agilidad necesaria; y en un nivel más elevado, contarle al niño historias de héroes y santos no lo hará valeroso o magnánimo en tanto su alma no esté preparada. La imitación puede ser fuente de inspiración y de interés, pero es necesario que haya una preparación previa. La naturaleza no se limita a brindar el instinto de imitación, también inculca el esfuerzo para transformarse y hacer lo que dicta el modelo; por lo tanto, los educadores que creen que se puede mejorar la vida tienen que buscar la forma de colaborar con ese esfuerzo.

A esta edad los niños se proponen llevar a cabo ciertas tareas que tal vez sean absurdas para la manera de razonar de los adultos, pero esto no les interesa, ellos tienen que concluir lo que empezaron. Se sienten apremiados por completar todas las acciones que llevan a cabo, y cualquier ruptura de este ciclo se manifiesta en anomalías en el desarrollo normal y falta de objetivos. Este ciclo de actividad adquiere entonces una gran importancia, porque es una preparación indirecta para el resto de la vida. A lo largo de su existencia, los hombres buscan indirectamente la forma de repararse para el futuro, y cuando se habla de gente que ha hecho alguna obra grandiosa, se suele decir que en una etapa anterior han estado trabajando duro en algo que no necesariamente guardaba alguna relación con su gran obra y que, de una manera o de otra, tal esfuerzo les sirvió como preparación para el espíritu; es necesario ampliar ese

esfuerzo tanto como sea posible, para completar el ciclo. En consecuencia, los adultos no deben interferir e interrumpir ninguna actividad infantil, por absurda que parezca, siempre y cuando los niños no se pongan en peligro. El niño debe concluir su ciclo de actividad.

Tal actividad cobra muchas formas interesantes: a veces, los niños cargan objetos mucho más pesados de lo que pueden levantar, sin ningún motivo aparente. Una vez, en la casa de una amiga, vi como un bebé se empeñaba en llevar uno por uno varios taburetes pesados de una habitación a otra. A esta edad, los niños llevan cosas y las vuelven a traer hasta que se cansan. La típica reacción de los adultos es tenerles lástima porque no tienen fuerza, salir a ayudarlos y cargar el peso por ellos; pero los psicólogos han reconocido que tal ruptura en el ciclo de la actividad del niño es una de las formas de represión más fuertes que se ejercen a esta edad y que puede acarrear dificultades para el futuro. Otro esfuerzo que les encanta realizar a los niños es el de subir las escaleras, pero no porque quieran llegar hasta el piso superior, pues cuando llegan, se sienten obligados a bajar para completar el ciclo. En cierta ocasión vi cómo subía un niño una escalera muy empinada; cada escalón le llegaba a la cintura y para subir tenía que ayudarse con ambas manos y pasar las piernas de costado, en una posición de lo más intrincada; no obstante, tuvo la constancia de llegar hasta arriba, trepando cuarenta y cinco escalones. Entonces se dio vuelta para ver lo que había logrado, pero perdió el equilibrio y se cayó por la escalera. Como había una alfombra gruesa, casi no se lastimó; cuando dio el último vuelco y fue a parar nuevamente a los pies de la escalera, se quedó mirando hacia donde estábamos nosotros. Todos pensamos que se pondría a llorar, pero en cambio se echó a reír contento, como si quisiera decir: “¡Qué difícil es subir y qué fácil se baja!”

A veces los niños hacen esfuerzos que más que fuerza requieren atención y una coordinación exacta de los movimientos. Un niño de un año y medio, que andaba deambulando libremente por la casa, llegó al cuarto de planchar, donde había una docena de servilletas planchadas y apiladas, listas para guardarlas. El bebé tomó la de arriba con ambas manos y, contento de poder sacarla con facilidad, se fue al pasillo y la desplegó con cuidado en el rincón más lejano. Una vez hecho esto, volvió a buscar otra, y así con cada una de las doce; cada vez que agarraba una servilleta repetía para sí: “Uno”. Cuando ya había acomodado todas en el lugar elegido creímos que había concluido su trabajo, pero no. Tan pronto como la última servilleta estuvo en el pasillo, empezó a llevarlas de nuevo a su lugar de origen, otra vez de una en una, y diciéndose: “Uno”. Ponía una atención maravillosa y se le veía una expresión de fascinación cuando iba y venía para continuar con lo que lo tenía ocupado.

A los dos años, el niño tiene una necesidad de caminar que la mayoría de los psicólogos no toma en consideración. Puede caminar dos o incluso tres kilómetros, y si una parte del recorrido es en subida, tanto mejor, porque le encanta subir; las partes difíciles de la caminata son las más interesantes. Pero los adultos tienen que darse cuenta de lo que entiende el niño por caminar; se creen que los niños no son capaces de caminar porque no les pueden seguir el

ritmo, cosa imposible, dado que los niños tienen las piernas más cortas que los adultos; así que finalmente los alcanzan para llegar pronto a destino. Pero los niños no quieren llegar a ningún lado, tan sólo quieren caminar, y para ayudarlos de verdad, los adultos tienen que seguirles el paso a ellos y no pretender que los niños caminen a su misma velocidad.

La necesidad de seguirles el ritmo a los niños se nota aquí muy gráficamente, pero en realidad es una regla que se debe cumplir en todos los ámbitos y en todas las ramas de la educación. El niño tiene sus propias leyes de crecimiento, y si deseamos ayudarlo a crecer, tenemos que seguirle el ritmo y no imponerle el nuestro. Camina con las piernas, pero también con los ojos, y lo que lo va impulsando a lo largo del camino son las cosas interesantes que ve. Camina hasta que ve una vaca pastando; como le llama la atención, se sienta y se queda mirándola. Una vez satisfecho, camina un poco más, hasta que encuentra una flor, ante la cual se agacha para olerla; un poco más adelante ve un árbol que lo impresiona, y entonces da cuatro o cinco vueltas alrededor de él antes de seguir caminando. Así puede caminar varios kilómetros. En el trayecto hay un montón de paradas para descansar y un montón de cosas interesantes que descubrir; y si llega a haber alguna parte difícil en la que haya que reparar alguna roca o cruzar algún arroyo, el niño rebosa de felicidad. El agua ejerce un encanto especial sobre el niño. Que a veces se siente fascinado y dice: "Agua", cuando quizás el adulto ni siquiera había notado que había un hilo de agua deslizándose gota a gota. Esto significa que el niño tiene una concepción diferente de la de su niñera sobre lo que es caminar, pues lo que ella quiere es llegar a destino en el menor tiempo posible. La niñera lo lleva a caminar un poquito al parque o lo saca a tomar aire en el cochecito con la capota puesta, y así el niño no puede ver muchas cosas.

La educación tiene que pensar en el caminante adulto que sale a caminar para explorar lugares; así deberían caminar todos los niños, guiados por lo que los atraiga. En este punto la educación puede serles de ayuda: les puede enseñar los colores, las formas de las hojas y los hábitos de los insectos, las aves y otros animales. Estas cosas les despiertan el interés cuando salen a pasear, y cuanto más aprenden, más caminan. Caminar es en sí mismo un ejercicio completo; no es necesario que el niño haga otro tipo de gimnasia, pues esa actividad es suficiente para que respire bien y le facilita la digestión mejor que cualquier otro deporte. Al caminar se plasma la belleza corporal; el ejercicio se completa cuando el niño encuentra algo interesante para recolectar y clasificar, o cuando sale a juntar leña para el fuego o se pone a cavar una canaleta.

Todo esto tiene que formar parte de la educación, particularmente en estos tiempos en que es muy raro ver gente que camina y todo el mundo se moviliza en auto y otro tipo de transporte, con lo que se crea una tendencia a la parálisis y la pereza. No hay que hacer un corte tajante entre lo que es movilizar el cuerpo por deporte y leer para ejercitar la mente. Hay que considerar la vida como un todo, en especial cuando los niños son pequeños y precisan construir su persona.

Es tan difícil encontrar gente que no interrumpa, que entienda y respete la independencia con que el niño sigue sus caminos naturales hacia el crecimiento, que los psicólogos pidieron que hubiera sitios donde los bebés pudieran trabajar. Así surgieron las escuelas para niños muy pequeños, donde hasta van niños de un año y medio de edad. En estas escuelas les brindan todo tipo de cosas, como casas sobre los árboles con escaleras para subir y bajar. Estas casas en miniatura no están pensadas para que los niños vivan allí, sino que constituyen un centro de interés para que se desarrollen en la actividad de treparse. Es una prueba de que nunca es demasiado pronto para iniciar la educación si queremos hacer del hombre un ciudadano digno, capaz de vivir en democracia y libertad. ¿Cómo podríamos hablar de Democracia o Libertad si desde la más tierna infancia ya estamos formando a los niños para que soporten una tiranía y obedezcan las órdenes de un dictador? ¿Cómo podemos pretender vivir en democracia si hemos criado esclavos? La verdadera libertad comienza cuando comienza la vida, no en la adultez. Hay gente a la que han despojado de sus potencialidades, a la que han vuelto miope y le han quitado la fuerza mediante el agotamiento mental, a la que han dejado con el cuerpo deformado, a quienes les hicieron pedazos la voluntad los mayores que les decían: “¡No se hará nada de lo que tú quieras, prevalecerán mis deseos!”, ¿Cómo es posible pretender que, al terminar la escuela, esa gente acepte y ejercite los derechos de la libertad?

## 10. EL NIÑO DE TRES AÑOS

Aparentemente, la naturaleza determinó que haya una división entre las sub-etapas que van hasta y desde los tres años. La primera, si bien es un período muy creativo y está colmado de sucesos importantes, queda olvidada; se la puede comparar con la vida embrionaria anterior al nacimiento, pues no es sino hasta los tres años que se empieza a hacer uso de la plena conciencia y la memoria. En la etapa embrionaria psíquica, muchos aspectos de la persona se desarrollaron por separado e independientemente, como el lenguaje, los movimientos de las extremidades y su coordinación, y ciertos órganos sensoriales; así también los órganos se fueron desdoblando uno del otro en el embrión físico antes del nacimiento; sin embargo, el hombre no guarda el más mínimo recuerdo de ninguno de estos dos procesos. Esto se debe a que aún no hay una unificación de la personalidad, la cual se produce sólo cuando las partes ya están completas. Esta creación del subconsciente y el inconsciente, este niño olvidado, parece haber desaparecido en el hombre, y el niño que nos es dado a los tres años nos resulta un ser inentendible; la naturaleza nos ha bloqueado la comunicación con él, y no nos quedan más que dos caminos: o conocer todo lo que ocurrió en su etapa inicial, o conocer la naturaleza para estar seguros de no destruir involuntariamente lo que ella ha construido. El hombre se ha descarriado del sendero natural de la vida y ha tornado por la carretera fatal de la civilización, y como la civilización sólo ha protegido la parte física del hombre y ha dejado de lado lo psíquico, el niño, como resultado, se encuentra en una cárcel, un medio colmado de obstáculos.

El niño se encuentra al entero cuidado de los adultos, quienes, a menos que se hallen bajo la luz de la ciencia o el conocimiento de la naturaleza, constituirán los mayores obstáculos en la vida para él. A fin de desarrollarse, el niño de tres años ha de experimentar con el medio a partir de las herramientas que ha generado durante sus primeros años. Si bien ha olvidado lo que sucedió en esos años, en ese momento salen a la superficie de su conciencia las facultades que creó entonces y se manifiestan en forma de experiencias llevadas a cabo inconscientemente.

Guiadas por la inteligencia, las manos hacen una especie de trabajo y llevan a la práctica la voluntad de la psique. Es como si el niño, cuya inteligencia antes había acogido al mundo, ahora lo tomara en sus manos. Desea perfeccionar sus aprendizajes previos, como el idioma que, aunque ya está completamente desarrollado, se sigue enriqueciendo hasta los cuatro años y medio. La mente aún no ha perdido la cualidad propia del embrión de absorber conocimiento incansablemente, pero ahora el órgano directo de prensión intelectual es la mano, y para desarrollarse, el niño trabaja con las manos en lugar de deambular. A esta edad, el niño está constantemente ocupado, se halla feliz y contento si tiene algo que hacer con las manos. Los adultos dicen que ésta es la divina edad del juego y la sociedad se ha encargado de fabricar juguetes que correspondan con las actividades del niño. En vez de proporcionarle los medios

para que desarrolle su inteligencia, le dan juguetes que no sirven para nada. Quiere tocar todo, pero sólo le dejan tocar algunas cosas y le prohíben tocar otras; la única cosa real que le dejan tocar es la arena, y donde no hay arena, los hombres compasivos la llevan, pero sólo para los niños ricos. A veces también les dejan jugar con agua, pero no demasiado, porque después se mojan, y si mezclan agua con arena se ensucia todo ¡y los adultos tienen que limpiar! Cuando se cansa de jugar con arena, le dan modelos en pequeña escala de las cosas que usan los adultos, cocinas, y casas en miniatura, y pianos de juguete, pero estas miniaturas no se pueden usar como los objetos de verdad. Los adultos admiten que los niños quieren copiarlos en su trabajo, pero no le dan cosas con las que pueda trabajar. ¡Parece que se estuvieran burlando de él! Al pobre niño solitario le dan una figura humana de mentira, un muñeco que tal vez termine por resultarle más real que el padre o la madre, pero el muñequito no contesta ni retribuye el amor que él le da, y por lo tanto es un sustituto insatisfactorio de la sociedad.

Los juguetes se han vuelto algo tan importante, que se piensa que son un estímulo para la inteligencia; sí, son mejor que nada, pero es significativo que el niño enseguida se cansa de sus juguetes y quiera otros nuevos. Los rompe con malicia, y todo el mundo infiere que es destructivo y le encanta desarmar las cosas; pero ésta es una característica que desarrolla artificialmente porque no puede tener las cosas adecuadas. A los niños no les interesan los juguetes porque no son reales. Después de jugar todo el tiempo con ellos se vuelven apáticos, no prestan atención a nada y no tienen un desarrollo normal, hasta que finalmente la personalidad queda deformada por completo. A esta edad, el niño imita a los adultos en todas las experiencias de la vida en un intento serio y consciente por perfeccionarse, pero si se le niegan las oportunidades para ello, invariablemente crecerá defectuoso.

Esta tragedia se da en especial en los niños de familias de clase alta; en las esferas sociales más simples, el niño suele ser más tranquilo y feliz, pues puede utilizar con total libertad todos los objetos que hay a su alrededor, que como no son tan preciosos, nadie se los va a rehusar por miedo a que se rompan. Si la madre está lavando o amasando el pan, el niño que cuenta con los elementos apropiados puede ayudarla, y ésa es la forma como se va preparando para la vida.

Ya no cabe la más mínima duda: el niño de tres años tiene que usar lo que le sirva para sus propios fines. Cuando se le dan objetos acordes a su tamaño, con los que puede mantenerse activo igual que los adultos, es como si cambiara por completo su personalidad y se volviera más tranquilo y feliz. No le interesan las cosas que no pertenecen a su medio habitual, pues su tarea es adaptarse a su propio mundo de adultos, y el objetivo de la naturaleza es hacerlo alegrar con cada logro especial. Es por ello que ahora hay que brindarles a los niños motivos para que se mantengan en actividad con objetos adecuados a su fuerza y tamaño, y del mismo modo que los hombres trabajan en la casa o la tierra, los niños deben tener su propia casa y su propio terreno. Nada de juguetes, casas para los niños; nada de juguetes, sino tierra en la que puedan trabajar con sus propias herramientas; nada de muñecas, amigos de

verdad y vida social en la que se puedan desempeñar por sus propios medios. Esto es lo que tenemos hoy para reemplazar a los juguetes del pasado.

Cuando rompimos esta barrera y aniquilamos el fantasma de la irrealidad entregándole al niño objetos reales, obtuvimos de él una reacción inesperada. Se mostraba con una personalidad distinta, afianzaba su independencia y rechazaba todo tipo de ayuda. Madres, niñeras y maestras se quedaron boquiabiertas cuando el niño dejó bien en claro que quería que lo dejaran solo, que ellas no deberían ser más que meras observadoras en este medio en que él era amo y señor.

Entonces comprendimos que los hechos que habíamos tenido la suerte de presenciar muchos años atrás en Roma, durante mis primeros experimentos, habían ocurrido gracias a las circunstancias especiales de la situación. Si se hubiera construido una Casa de Niños en algún barrio acomodado de Nueva York, no habría sucedido nada fuera de lo común, del mismo modo en que no pasa nada en muchas escuelas de buen nivel económico. La falta de objetos manipulables no es lo único que interesa, hay otras cosas que también son causa de dificultades.

Básicamente, hubo tres circunstancias que favorecieron los resultados del primer experimento:

1. Extrema pobreza y condiciones sociales muy complicadas: Tal vez el niño pobre sufra físicamente por la falta de una buena alimentación, pero interiormente es rico porque se encuentra en sus condiciones naturales.
2. Los padres de estos niños eran analfabetos y no existía la posibilidad de que los perjudicaran con una ayuda inapropiada.
3. Como las maestras no eran profesionales, no cargaban con los prejuicios de las corrientes pedagógicas más comunes.

En Estados Unidos, estos experimentos nunca tuvieron éxito porque siempre se buscaron a las mejores maestras para llevarlos a cabo, y ser buena maestra implicaba haber estudiado todas las cosas que no ayudan a los niños y estar colmada de ideas que significan una limitación a la libertad. Una maestra que se impone sobre un niño no hace más que obstaculizarlo. Hay que buscar gente simple y aprovecharla, y en lo referente a la pobreza, no hay que propiciarla, pero tampoco hay que tenerle miedo, porque es una condición en la que se mantiene el espíritu bien alto. Si queremos hacer un experimento fácil y estar seguros de que va a funcionar, debemos ir a trabajar con niños pobres y presentarles un medio nuevo, distinto del suyo. El niño que nunca ha tenido nada acepta con mucha pasión e interés los objetos científicamente contruidos, los cuales incentivan su concentración mental. Hace cuarenta años esto había sorprendido a todos, pues era algo nunca visto en niños de tres años. Pero la concentración es una actividad básica, que consiste en apropiarse del medio, objeto por objeto, explorarlos y demorarse en ellos. En las condiciones poco satisfactorias de todos los días, el niño está constantemente saltando de una cosa a la otra y no se concentra en nada, pero nosotros hemos probado que ser inconstante no es parte de su verdadera personalidad.

No debemos olvidar que en el pequeño de tres años aún hay un maestro interior que, certero, lo va guiando, y al hablar de un niño libre, nos referimos al que sigue la guía de esa naturaleza poderosa que lleva adentro. El niño conducido por la naturaleza se detiene en los detalles más escrupulosos de cada tarea que se propone realizar; por ejemplo, si le piden que limpie la parte de arriba de una mesa, es capaz de limpiar la parte de arriba, los costados, las patas, la parte inferior e incluso las rajaduras que pueda tener. Si se le da la libertad y la maestra no lo interrumpe, realiza su trabajo con total concentración y atención. Hay demasiadas maestras que tienen una tendencia a estar todo el tiempo interrumpiendo y enseñando cosas, y así ocurre que el niño que se desarrolla espontáneamente, de la mano de la naturaleza, no logra entenderse con la maestra que siempre quiere enseñar. Esta considera que tiene que llevar gradualmente al niño de lo fácil a lo difícil y de lo simple a lo complejo, en tanto que el niño avanza a grandes zancadas y quizás vaya de lo difícil a lo fácil. Otro prejuicio que tienen tales maestras es el del cansancio. Cuando a un niño le interesa lo que hace, puede seguir por horas sin cansarse, pero si la maestra lo hace cambiar de actividad a cada rato, el niño pierde interés y se cansa. Ahora bien, las maestras de los magisterios tienen tan inculcados estos prejuicios que ya son incurables. La mayoría de las escuelas modernas están tan convencidas de que los niños necesitan descansar que hacen interrupciones cada cuarenta y cinco minutos, lo cual acarrea resultados trágicos. El mundo de la pedagogía se rige por la lógica humana, pero la naturaleza tiene otras leyes. La lógica dice que hay que separar las actividades mentales de las físicas y sostiene que para las tareas mentales debemos sentarnos en clase sin movernos, y para las tareas físicas no es necesaria la parte mental, y así corta al niño en dos. Se dice que cuando el niño piensa, no puede usar las manos; sin embargo, la naturaleza nos muestra que no puede pensar sin las manos y que necesita caminar constantemente, igual que los filósofos peripatéticos de Grecia. Mente y movimiento van de la mano, aunque muchos consideren imposible que en una escuela los niños estudien y al mismo tiempo estén caminando continuamente de un lado a otro.

En nuestro nuevo método, tenemos que esforzarnos al máximo para que las maestras se liberen de estos y otros prejuicios, y lo mejor que le puede pasar a una maestra es que se logre liberar de la mayoría de ellos. Entonces, si contemplamos la educación de muchos, podemos agradecer a Dios que haya pocas maestras bien preparadas. Es una condición favorable.

Sin embargo, las nuevas maestras deben comprender ciertas cosas fundamentales, muy fáciles, por cierto. Por ejemplo, en mi primer experimento, le di instrucciones a la asistente, la hija del portero, de que les mostrara a los niños ciertos objetos de una manera y en un orden determinados, y que luego los dejara solos con esos objetos. Aunque no era una chica muy instruida, hizo exactamente lo que le había dicho y, para su sorpresa, el trabajo de los niños surtió un efecto maravilloso. Ella pensó que se debía a la influencia de algún espíritu o algún ángel, vino a buscarme un poco asustada y me dijo: "¡Madame, ayer a las dos en punto este niño empezó a escribir!" Parecía que fuera algo sobrenatural por el hecho de escribir oraciones hermosamente construidas cuando jamás había escrito nada en su vida y aún no había aprendido a leer.

La experiencia nos muestra que la maestra debe retirarse más y más a un segundo plano y simplemente estar dispuesta a que los niños trabajen por su cuenta. Nuestra tarea es convencerlas de que no se entrometan cuando la intervención parece dañina o no es necesaria, y a esto lo denominamos “el método de la no intervención”. Las maestras deben darles a los niños lo necesario en la medida justa, como un sirviente que prepara un trago para su señor y luego se lo da para que él lo beba a voluntad. Deben aprender a ser humildes y cuando se trata del cuidado de los niños no tienen que imponerse sobre éstos; simplemente tienen que estar atentas y seguir su progreso, listas para brindar todo lo que los niños puedan llegar a necesitar más adelante en su actividad.

Los padres de niños de clases más pobres son los que ponen más voluntad para cooperar con nuestros métodos educativos. Cuando ni el padre ni la madre saben escribir, y ven que su hijo escribe su primera palabra, se maravillan tanto, sienten tal adoración por su hijo, que lo entusiasman. En cambio, los padres más ricos no se mostrarán interesados, quizá le pregunten al niño si no le enseñan arte en la escuela, y le harán sentir que sus logros no son importantes. Si el niño quiere limpiar, le dirán que eso es cosa de sirvientes y que no lo mandan a la escuela para que aprenda tareas tan humillantes. De la misma manera, una madre que se entera de que a su hijo le enseñan matemática dirá que todavía está en una edad demasiado delicada, temerá que el niño sufra fiebre mental y hará todo lo posible para evitar que continúe su tarea. De este modo, le crean un complejo de inferioridad o de superioridad y lo invalidan mentalmente.

Es así que las que antes se consideraban condiciones desfavorables para la educación son en realidad óptimas, y los resultados no se limitan a los niños, también los padres se ven influidos. Los niños que habían empezado a ejercitarse en la práctica de las labores domésticas en mi primer hogar experimental llegaban a sus casas y les decían a sus madres que no querían llevar la ropa manchada y que no tenían que derramar el agua, y al poco tiempo, las madres empezaron a preocuparse por el orden y por no ensuciar la ropa. Los padres querían saber leer y escribir porque sus hijos ya habían aprendido a hacerlo, y así se empezó a transformar todo el entorno gracias a los niños. ¡Parecía que tuviéramos una varita mágica!

## 11. CÓMO LA OBSERVACIÓN HIZO EVOLUCIONAR LOS MÉTODOS

El estallido de la escritura fue lo primero que llamó la atención del público en mi experimento anterior. Lo explosivo no fue solamente el hecho de escribir, sino la aparición repentina del yo humano del niño. Una montaña puede parecer sólida e inmutable a lo largo del tiempo, pero por dentro contiene un fuego que un día le hará entrar en erupción y romperá la corteza exterior. Esa explosión de fuego, humo y sustancias desconocidas le muestra al observador cómo es el interior de la tierra. En nuestro caso, la explosión fue la misma, y sus causas fueron circunstancias que parecían muy desfavorables para que se produjera una revelación tal. La pobreza y la ignorancia, la falta de maestras, programas y normas, nos dejaban un vacío dentro del cual había lugar para que se expandiera el alma. Sin darnos cuenta, quitamos los obstáculos del camino, pero a la sazón ni siquiera sabíamos cuáles eran esos obstáculos. Debe destacarse que lo que produjo esas explosiones no fue ningún método educativo porque en ese entonces no existían los métodos; la psicología estudió estas explosiones y construyó un método a partir de esta erupción volcánica que había tenido lugar en el niño. La prensa hablaba de “El descubrimiento del alma humana”.

La nueva ciencia que se originaba se basó en la percepción directa y no en la intuición, y los hechos percibidos se pueden clasificar en dos grupos. Uno de ellos nos muestra que la mente es capaz de cultivarse a una edad increíblemente temprana, pero sólo a través de su propia actividad, sin ayuda; el otro grupo tiene que ver con el desarrollo de la personalidad, que también ocurre a una edad en la que, según los educadores mayores, no se puede ejercer influencia sobre la personalidad porque el niño aún es muy chico. Estos educadores se equivocaban porque suponían que los adultos tenían que influir en el carácter de los más chicos; hacer que los niños malos sean buenos es el eterno problema. Pero desde los tres hasta los seis años, la etapa en que se desarrolla el carácter, cada niño sigue sus propias leyes a menos que los adultos le obstruyan el camino.

El niño se concentra en aquellas cosas que ya tiene en la mente, que ya ha absorbido en la etapa anterior, pues todo lo que ha sido conquistado tiende a fijarse en el cerebro para luego ser analizado. Es así que el estallido de la escritura se debía a la conquista anterior del habla y a una gran sensibilidad hacia el lenguaje que deja de existir entre los cinco años y medio y los seis años. Por eso a esta edad los niños aprendían a escribir con tanto entusiasmo y alegría, mientras que los niños de ocho y nueve años no tienen esa inspiración. Habíamos notado que los niños tenían los órganos indirectamente preparados para la escritura, así que adoptamos la preparación indirecta como un aspecto fundamental del Método Montessori. Ya sabíamos que la naturaleza lleva a cabo una preparación indirecta en el embrión; no emite ninguna orden hasta que los órganos no estén listos para obedecer. El carácter se construye de la misma manera. No se gana nada con la mera imitación o

con obedecer por obligación, tiene que haber una preparación interna que haga posible la obediencia, y tal preparación es indirecta. Es imprescindible crear un ambiente especial para los niños y darles la libertad necesaria para que puedan expandir las potencialidades del alma.

Tomemos el desarrollo del lenguaje: en su etapa anterior, el niño había generado el habla según un ordenamiento similar al de la gramática; primero había aprendido los sonidos y las sílabas, luego los sustantivos, adjetivos, adverbios, conjunciones, verbos y preposiciones. En consecuencia, estimamos que en la segunda etapa le sería de utilidad un método gramatical, y en nuestras primeras clases de lengua les enseñamos gramática. Para la forma de ver las cosas de la mayoría de la gente, parece absurdo que se le dé gramática a un niño de tres años que todavía no sabe leer ni escribir, pero a estos niños les despertó un interés que no se notaba en los mayores. Después de todo, la gramática es la construcción de un idioma, y como el niño tenía que construir, la encontró muy práctica.

Las maestras poco instruidas que teníamos en nuestras escuelas notaron la sed de vocabulario que tenían estos niños y les escribieron en un papel las escasas palabras que sabían, y después tuvieron que recurrir a mí, porque a ellas no se les ocurrían más. Consideramos hacer la prueba de brindarles las palabras necesarias para niveles más elevados del conocimiento, como los nombres de las figuras geométricas: polígonos, trapecios y otros nombres tan complicados como éstos; los niños los absorbieron sin ninguna dificultad en un solo día. Entonces incluimos instrumentos científicos, como el termómetro y el barómetro, y términos de la botánica, como pétalos, sépalos, estambres y pistilo. Asimilaron todas las palabras con entusiasmo y nos pidieron que les enseñáramos más, pues entre los tres y los seis años los niños tienen una insaciable sed de vocabulario y no hay palabra que sea demasiado larga o complicada para ellos. Les dimos los términos con que se hacen las distintas clasificaciones de las materias –zoología, geografía y tantos otros- y el único problema que tuvimos fue que las maestras no conocían esas palabras y les costaba recordar su significado.

La mente del niño no se limita a los objetos visibles y sus cualidades, su gran imaginación va mucho más allá. Los niños que, cuando juegan, hacen de una mesa una casa y de una silla un caballo, que pueden ver hadas y países encantados, no tienen ningún inconveniente para visualizar Estados Unidos o el mundo, especialmente si se pueden ayudar con un globo terráqueo. Cierta vez, unos niños de seis años estaban con un globo charlando sobre éste; enseguida, un niño de menos de cuatro, vino corriendo y se estiró para ver: ¡A ver! ¿Esto es el mundo? ¡Ahora entiendo cómo es que mi tío dio tres vueltas alrededor del mundo!”. Pero al mismo tiempo se dio cuenta de que el globo no era más que un modelo, pues sabía que la Tierra es inmensa.

En otra oportunidad, un niño de menos de cinco años quiso ver uno de los globos que se les dan a los niños más grandes. Estos estaban hablando de Estados Unidos y no se fijaron en él hasta que los interrumpió y les dijo:

“¿Dónde queda Nueva York?”. Los más grandes le mostraron, y la siguiente pregunta fue: “¿Dónde queda Holanda?”, pues en ese momento estábamos trabajando en Holanda. Cuando le mostraron cuál era su propio país, el pequeño tocó la parte azul del globo y dijo: “Entonces éste es el mar. Mi papá viaja a Estados Unidos dos veces al año y se queda en Nueva York. Cuando se va, mamá nos dice: “Papá está en el mar”. Después nos dice que está en Nueva York. Ahora está de nuevo en el mar y dentro de poco lo vamos a volver a ver en Rotterdam”. Había oído hablar tanto de Estados Unidos, que estaba contento de descubrirlo, porque ahora había aprendido a orientarse en su medio mental de la misma manera en que antes había tenido que orientarse en el ambiente. Para apropiarse del mundo mental de su época, el niño tiene que tomar las palabras de sus mayores y ajustarlas a su tiempo de modo que coincidan con sus propias imágenes. Por lo general, el niño de menos de seis años malgasta esta capacidad imaginativa con sus juguetes y cuentos de hadas, cuando seguramente podríamos proporcionarle cosas reales para que use su imaginación, facilitándole así una relación más precisa con su ambiente.

Otro rasgo típico de los niños de esta edad, es que se la pasan haciendo preguntas en busca de la verdad de las cosas. El adulto debería interesarse en estas preguntas y tomarlas como la expresión de una mente que indaga para obtener información y no como una molestia. Pero los niños no están preparados para recibir largas explicaciones, necesitan respuestas simples, y si es posible, ayudadas con algún objeto ilustrativo, como el globo terráqueo en el caso del niño que hacía preguntas sobre geografía.

Es necesario darle a la maestra una preparación especial, puesto que no hay lógica que pueda solucionar los problemas de los niños. Tenemos que conocer el desarrollo previo del niño y dejar de lado todos nuestros prejuicios. Hay que trabajar con mucho tacto y delicadeza, cuando se trata del cuidado de la mente de un niño de entre tres y seis años; por suerte, el niño toma más del ambiente que de la maestra, que lo único que tiene que hacer es esperar, lista para servir cuando se la llame.

En lo referente a la importante cuestión del carácter y la educación moral, también descubrimos que había que abordarla desde un nuevo punto de vista; había que colaborar en la formación del carácter y no enseñar una forma de ser determinada. También en este aspecto la etapa que concluye a los seis años es la más importante, pues en este período se establece el carácter; pero no se forma a través del ejemplo externo y la presión; la naturaleza misma es la encargada de hacerlo. Durante los primeros tres años, ya considerados, es posible que se ejerzan influencias que alteren el carácter del niño para toda la vida. En esta etapa todavía se está generando el carácter, a partir de los obstáculos o de la forma de liberarse de ellos. Si durante la concepción, gestación, nacimiento y las etapas subsiguientes se ha atendido al niño con cuidado científico, a los tres años se habrá formado un individuo modelo; pero un caso así es muy raro, pues por lo común el niño ha tenido que sobrellevar muchos accidentes.

Los defectos de carácter causados por dificultades posteriores al nacimiento no son tan graves como los que se generan durante la gestación, y a su vez, estos últimos son menos graves que los causados durante la concepción. Si son posteriores al nacimiento, se pueden curar entre los tres y los seis años, que es la etapa de las correcciones y el perfeccionamiento. Pero los defectos físicos y mentales originados por la conmoción del nacimiento o alguna causa anterior son muy difíciles de corregir. No existe ninguna forma en que podamos curar la deficiencia mental, la epilepsia y la parálisis, porque son problemas orgánicos; pero sí hay remedio para los problemas que no sean orgánicos, siempre y cuando sean tratados antes de los seis años; en caso contrario permanecerán en el individuo y, con el tiempo, se irán agravando y acrecentando. Es factible que un niño de seis años sea un cúmulo de características que no le son propias, sino adquiridas a través de la experiencia. Un niño que entre los tres y los seis años no recibió la atención necesaria, tal vez no alcance un desarrollo intelectual adecuado, y muy difícilmente adquirirá la conciencia moral que se debería desarrollar entre los seis y los doce años. Sin un carácter moral y sin facilidad para aprender, se convierte en un hombre cubierto de cicatrices, marcado por las pasadas derrotas del alma.

Nosotros, igual que otras tantas escuelas modernas, llevamos un registro de datos biológicos de cada niño y, de ese modo, estamos al tanto de los problemas que quizás tuvieron en las distintas etapas y así podemos elegir el tratamiento más adecuado. Averiguamos si hay alguna enfermedad hereditaria, la edad de los padres al nacer el niño, si la madre sufrió algún accidente o alguna crisis nerviosa durante la gestación, si el parto fue normal y si el bebé nació en buen estado o sufrió asfixia. Luego se prosigue con preguntas sobre la vida familiar: si sus padres o su niñera han sido bruscos con él o si ha sufrido algún tipo de conmoción. Este cuestionario es necesario porque casi todos los niños que recurren a nosotros presentan algunas características peculiares o se portan mal, y hay que buscar las causas de estos problemas y comprenderlas para curarlas.

Sin pensarlo demasiado, la mayoría de la gente encuadraría automáticamente estas desviaciones en el concepto de carácter; en realidad, los niños que presentan tales inconvenientes se clasifican en dos grupos: los niños fuertes, que superan cualquier obstáculo, y los débiles, que sucumben a ellos. Los niños fuertes son propensos a enfurecerse, son rebeldes, posesivos, destructivos y egoístas, desatentos y desordenados tanto en su funcionamiento mental como en su imaginación. Estos niños suelen gritar y hacer mucho ruido, les gusta provocar a los demás y maltratar a los animales. Con frecuencia son demasiado codiciosos. Los niños débiles son pasivos, y tienen defectos negativos como la pereza y la desidia; lloran por nimiedades y esperan que los demás hagan las cosas por ellos. Les asusta lo desconocido y se aferran a los adultos. Quieren que los diviertan todo el tiempo y se cansan y aburren con facilidad; mienten y roban, en especial como mecanismos de autodefensa.

Estas dificultades acarrearán ciertos trastornos físicos a los que no hay que confundir con las verdaderas enfermedades del cuerpo, porque su origen es

psíquico. Algunos de estos trastornos son la falta de apetito, o el caso opuesto, la gula y las subsecuentes indigestiones. Los niños que le temen a la oscuridad y tienen pesadillas, presentan el correlato de estas dificultades en la salud física, y sufren anemia. No existe ningún medicamento para curar tales enfermedades porque tienen un origen psíquico.

Los niños que tiene estos defectos, especialmente los niños fuertes, no son muy bien vistos en la familia; se los envía a guarderías o a la escuela para sacárselos de encima por un buen tiempo, y así se convierten en huérfanos de padres vivos.

Algunos padres se ponen severos y los golpean, los tratan de malas maneras o a veces los mandan a la cama sin cenar; pero los niños empeoran o adoptan la versión pasiva del mismo problema. Entonces los padres intentan ser persuasivos, tratan de hacerlos entrar en razón y de sacar provecho del cariño que los niños les tienen: “¿Por qué le hace eso a mamá?": No surte ningún efecto. Casi siempre, los padres de niños regresivos de tipo pasivo los dejan ser como son y no hacen nada por remediar la situación; la madre dice que su hijo es bueno y obediente, y piensa que, si no se separa nunca de ella, ni para ir a dormir, es porque la quiere mucho. Pero al poco tiempo se da cuenta de que sus progresos son lentos y que tarda en empezar a caminar y hablar. No tiene problemas de salud, pero le teme a todo y nunca quiere alimentarse, hay que contarle historias para que coma. La madre trata de convencerse de que el niño tiene un alma especial, que tal vez esté destinado a ser un santo o un poeta, pero muy pronto hay que llamar al médico para que le recete alguna medicación. Con estas enfermedades psíquicas los médicos de familia hacen fortuna.

Una de las cosas que dieron notoriedad a nuestras escuelas fue la erradicación de estos defectos, y ello se debió a una razón en especial: los niños tenían la posibilidad de llevar a cabo cuanto experimento quisieran con el ambiente, y estas experiencias les servían para nutrir sus mentes, que tanta hambre habían pasado. Cuando había algo que les despertaba un cierto interés, basaban todas sus experiencias en torno a eso, y de ese modo se iban concentrando en una y otra actividad. Una vez que el niño alcanza la etapa en que es capaz de concentrarse en un determinado centro de interés y trabajar alrededor de él, los defectos desaparecen; el alborotado se ordena, el pasivo se vuelve activo y el perturbador, solidario; entonces queda demostrado que los defectos no son fallas reales sino características adquiridas. El consejo que les damos a las madres es que les busquen a sus hijos una ocupación interesante, y que no los interrumpen jamás cuando han iniciado una actividad. La dulzura, la severidad, la medicación, todo es inútil. No somos sentimentalistas ante un niño con problemas, pero tampoco lo llamamos estúpido; eso no le haría ningún bien porque lo que necesita es nutrirse intelectualmente. El hombre es un ser pensante por naturaleza y precisa alimentar su mente aún más que su cuerpo. A diferencia de los animales, debe construir su propia conducta a partir de la experiencia y la vida misma y si se lo guía por este camino, todo irá bien en su vida.

## 12. EL FANTASMA DE LA DISCIPLINA

Se ha establecido que la educación moral no es más que el desarrollo del carácter y que es posible erradicar los malos hábitos sin que sea necesario sermonear a los niños, castigarlos, o siquiera dars un buen ejemplo. No hacen falta amenazas ni promesas, lo que hace falta son buenas condiciones de vida.

Además de los niños a los que llaman buenos (léase pasivos) y los que se portan mal, hay una tercera categoría aceptada por todo el mundo; éstos últimos gozan de excelente salud, tienen mucha imaginación, saltan de una cosa a la otra, y sus padres dicen que son particularmente brillantes - ¡que son seres superiores! - En mis escuelas he notado que todas esas diferencias desaparecían apenas el niño se interesaba en un trabajo que le llamaba la atención. Los niños “buenos”, “malos” o “superiores” confluían en una única categoría que no mostraba ninguna de esas singularidades. Esto significa que el mundo aún no está capacitado para definir lo bueno y lo malo, y que todo este tiempo ha juzgado erróneamente. Se ha revelado que el verdadero objetivo de todos los niños es la constancia en su trabajo y la posibilidad de elegir de manera espontánea la tarea que desean realizar, sin que ninguna maestra les indique qué es lo que deben hacer. Llevados por cierta orientación interior, cada uno se ocupaba de una faena distinta, que les daba paz y alegría. Más tarde, empezó a notarse algo inédito entre niños de esa edad: empezaron a mostrar una disciplina espontánea. Esto dejó a los visitantes más pasmados que el estallido de la escritura; los niños caminaban de un lugar a otro, buscando algún trabajo que hacer con total libertad, cada uno concentrado en lo suyo, pero el grupo mostraba una disciplina perfecta. Ahí estaba la solución al problema: para obtener disciplina, hay que dar libertad. No es menester que el adulto se convierta en guía o mentor, simplemente tiene que darles a los niños las oportunidades de trabajo que antes se les habían negado.

Al principio parecía imposible que un grupo de cuarenta niños se pudiera mantener trabajando en orden dentro de una misma aula, sin ninguna maestra que los controlara, en especial si se tiene en cuenta que estos niños tenían entre tres y cinco años. Los periódicos afirmaron que, de ser cierto era maravilloso, ¡pero era increíble! Los visitantes se empeñaban en averiguar cuál era el truco, porque estaban seguros de que era un truco. Algunos decían que lo que producía estos resultados era mi magnetismo personal o algún tipo de hipnosis que practicaba, pero yo les respondía: “¡Esto mismo sucedió en Nueva York mientras yo estaba en Roma!”; no se trataba de ningún fenómeno circunstancial, estaba ocurriendo en todas nuestras escuelas, que ya se extendían a Estados Unidos, Nueva Zelanda, Francia e Inglaterra. Otros, incrédulos, aducían que las maestras habían preparado a los niños para que se portaran así cuando hubiera gente de visita, o que les indicaban con la mirada lo que estaba bien o mal. Pero se iba acumulando evidencia de todos los países; un rasgo llamativo era la extraordinaria disciplina de los niños de nuestra escuela, los “normalizados” (como nosotros los llamábamos), en relación con los “desviados”.

En la primera Casa de Niños que fundé, todos los niños vivían en el mismo conjunto de edificios. Uno de los incrédulos fue el embajador de la Argentina, que en esa ocasión estaba en Roma. Quería ver la escuela con sus propios ojos y llegar de improviso, de modo que no estuviésemos preparados para recibir visitas. Le explicó sus intenciones a la hija del primer ministro de Italia, quien le prometió que lo acompañaría y que no diría ni una palabra a la escuela. Pero no habían tenido en cuenta que era jueves, el día en que los niños no van a la escuela en Italia, así que la escuela estaba cerrada; sin embargo, salió a atenderlos un niño muy pequeño y les preguntó si deseaban algo. No tenía más de cuatro años, y los niños pobres de esa edad no suelen dirigirse a la gente rica y extranjera con tal soltura; pero él se expresaba con total naturalidad y, cuando le dijeron que habían ido para ver la escuela, que era una lástima que estuviera cerrada, les contestó: “¡Ah, no hay problema! El portero tiene la llave, y todos los niños viven aquí, los puedo llamar.” Ante el asombro de los visitantes, todos los niños acudieron de muy buena gana y, aunque la maestra no estaba, trabajaron con gusto y sin ningún tipo de desorden. El embajador declaró que no podía existir prueba más concluyente y se convirtió en un ferviente defensor del método.

Otra ocasión similar se presentó en la Feria Mundial de San Francisco, por la época de la inauguración del Canal de Panamá. Entre las muestras sobre educación, había una pequeña aula reservada para exponer el Sistema Montessori, con paredes de vidrio para que la gente pudiera observar desde afuera, sin ingresar y molestar a los niños. La maestra se llamaba Helen Parkhurst, el aula permanecía cerrada de noche y la llave se la quedaba el cuidador. Un día, este cuidador no fue porque había sufrido un accidente; la gente esperaba fuera del aula y junto con ellos estaban la maestra y los niños. Finalmente, la señorita Parkhurst dijo: “Hoy no vamos a poder ponernos a trabajar.” Pero uno de los niños notó que había una ventana abierta, y le pidió: “Levántanos, así entramos por la ventana y trabajamos.” Al ver que la ventana era del tamaño de los niños, la señorita Parkhurst comentó: “¡Ustedes no tiene problema, pero yo no puedo pasar por ahí!” “No importa” le dijeron; “De todos modos, tú no trabajas. Te puedes sentar afuera y mirar con el resto de la gente.”

Así se solucionó la dificultad y el método se apuntó otro éxito inesperado.

Sólo a partir de los seis años los niños pueden extraer algún beneficio de la enseñanza sobre moral, pues entre los seis y doce años se despierta la conciencia moral y el niño se empieza a preguntar qué es lo que está bien y lo que está mal. Entre los doce y los dieciocho es más posible hacer que el mensaje de uno llegue al individuo, porque a esa edad se afianzan las nociones de religión y patriotismo.

Cuando se intenta entrenar el carácter, la principal preocupación tiene que ver con la obediencia y la voluntad: por lo general se intenta borrar la voluntad del niño e inculcarle la de la maestra mientras se le exige que sea obediente. Alrededor de estos temas hay una gran confusión, y es necesario dejar ciertas ideas en claro. Según estudios biológicos, la voluntad del hombre es parte de una fuerza universal llamada “horme” (en griego, “impulso”), que no es física, sino que es una energía cósmica con la cual la vida transita el camino de la

evolución. La evolución está regida por leyes y dista mucho de ser fortuita o casual. Esta fuerza se pone de manifiesto cuando la voluntad del hombre debe modelar la conducta; el niño toma cierta conciencia de la existencia de la "horme" cuando tiene que llevar a cabo una determinada acción, es decir, que sólo la puede notar a través de la experiencia. Al comportarse en forma natural, está cumpliendo con la ley.

Es incorrecto creer que los actos voluntarios de los niños son alborotados y a veces violentos; tales acciones no expresan la voluntad del niño, pues están fuera de la esfera de la "horme". Es como si dijéramos que las convulsiones de una persona estuvieran dictadas por su voluntad. En caso de pensar que todos los movimientos caóticos del hombre o el niño son actos determinados por la voluntad, sería lógico que supusiéramos que tal voluntad debe ser quebrantada o frenada, y que habría que lograr que la persona fuese obediente. Cierta vez, un gran educador dijo: "Se puede resumir la esencia de la educación en una sola palabra: obediencia." La lógica humana nos quiere hacer creer que basta con que un niño sea obediente para inculcarle todas las virtudes, ¡y por fuerza será virtuoso! Pero, siguiendo este razonamiento, parecería que la falta fundamental de los niños es la "desobediencia", y el problema está lejos de solucionarse.

¡Por suerte tiene solución! La voluntad humana no se expresa en forma de caos y violencia, éstos son signos que muestran el sufrimiento, el abuso. La voluntad se puede quebrar con facilidad en un instante, pero lleva mucho tiempo construirla, porque esto implica crecimiento y depende de la ayuda que brinde el ambiente.

Este largo proceso del desarrollo de la voluntad es comparable a la faena de la hilandera: al trabajar sobre algo en constante crecimiento, el hilo de la voluntad se hace más y más fuerte. Asociando las actividades de los niños en torno a un objetivo central como puede ser poner la mesa o servir la comida, su voluntad libre se enfoca continuamente hacia un mismo propósito; de este modo logramos una sociedad donde la cohesión se alcanza a partir de la voluntad, y esta es una cohesión más fuerte que la creada en base a las afinidades o la simpatía. En este caso, el factor emocional no es lo primordial, la fuerza cohesiva es la voluntad; como todos desean –o sienten la voluntad de conseguir- lo mismo, surge una maravillosa asociación en la que la conducta se muestra serena. Pero para ello, se debe haber desarrollado con anterioridad la voluntad de cada niño.

Algo sorprendente que ocurrió en mi primera escuela me hizo implementar un nuevo elemento al método: el "Juego del Silencio". Entré en una clase en la que todos estaban verdaderamente concentrados en su trabajo; los niños ya tenían sus voluntades desarrolladas. Ingresé a esta aula de cuarenta y cinco niños con un bebé de cuatro meses en brazos. Según una antigua costumbre italiana, el bebé tenía las piernas cubiertas con un paño tirante para que las mantuviera obligatoriamente quietas e inmovilizadas; les mostré a los niños lo que traía y les dije: "¡Tenemos una visita! Miren qué quieto está; estoy segura de que ustedes no podrían mantenerse así de quietos". Pensé que mi chiste les iba a causar gracia, pero se pusieron muy serios y de inmediato juntaron los

pies y se contuvieron de hacer movimiento alguno. Como creí que no habían entendido lo que les había querido decir, proseguí: “Ah, no saben qué despacio respira; ustedes no podrían respirar tan despacio porque tienen los pulmones más grandes”. Supuse que ahora se reírían, pero nada. Seguían con los pies juntos e incluso contenían la respiración para no hacer ruido, y todos me miraban serios. Entonces les dije: “Voy a salir muy despacio, pero igual el bebé va a hacer menos ruido que yo; no se va a mover y se va a quedar muy callado”. Le devolví el bebé a la madre y cuando regresé hacia donde estaban los niños, descubrí que se habían mantenido inmóviles y con la mirada me decían: “Ya ves, tú hiciste poco ruido, pero nosotros podemos ser tan silenciosos como el bebé.”

Es decir que todos tenían la misma voluntad; todos sentían la necesidad de hacer lo mismo, y el resultado fue un curso de cuarenta y cinco niños en perfecto silencio y quietud. Uno se preguntaría cómo hice para lograr tanta disciplina siendo que yo sólo había querido hacerlos reír. Ese silencio se volvió tan estremecedor, que les señalé: “¡Qué silencio!” y aparentemente, los niños también sintieron lo que era eso, y se quedaron quietos, conteniendo la respiración, hasta que comencé a notar sonidos que no había oído antes, como el tic-tac del reloj, el agua que goteaba en un grifo afuera, el zumbido de las moscas. Ese silencio les proporcionaba una gran satisfacción a los niños, y a partir de ese momento lo implementamos como una característica de nuestras escuelas. Servía para medir la fuerza de voluntad de los niños; con este ejercicio se fortalecía la voluntad, y los silencios se hacían cada vez más extensos. Luego agregamos una variante: susurrábamos el nombre de cada niño, y a medida que los íbamos llamando, venían sin hacer ningún ruido; mientras tanto, los otros se quedaban en silencio. Como todos se esforzaban por no emitir ningún sonido y caminaban con cuidado, lentamente, el último que llamábamos tenía que esperar mucho tiempo para pasar. Los niños manifestaban un poder de autocontención mucho mayor que el de los adultos, y lo que genera la obediencia es la voluntad y la autocontención.

Sin querer, cuando había entrado en el aula con el bebé había estimulado esta capacidad, pero no podía depender siempre de semejante visita, y quería repetir la experiencia. Descubrí que la mejor manera de hacerlo era decirles: “¿Hacemos silencio?”. Todos se entusiasmaban de inmediato, así que podía ordenarles que hicieran silencio y me obedecían. En este sentido, es interesante lo que ocurrió a una maestra con diez años de experiencia: se dio cuenta de que tenía que contenerse de dar instrucciones por adelantado, porque antes de que terminara de decir algo (por ejemplo, “guarden los materiales antes de irse”), y de que se entendiera bien lo que pretendía, los niños ya lo estaban haciendo. Lo mismo ocurría con cada orden que daba, de modo tal que sentía que tenía una responsabilidad inmensa cada vez que abría la boca porque los niños reaccionaban con sorprendente rapidez. La auténtica obediencia es la última fase del desarrollo de la voluntad, por lo tanto, sólo el desarrollo de la voluntad posibilita la obediencia; pero una buena maestra tiene que aprender a no sacar ventaja de tal obediencia. Como guía, debe sentir que lo importante es que tiene una responsabilidad, no que tiene autoridad. Después de los siete años, los niños salen en busca de un guía responsable; antes de esa edad tienen cohesión social.

La obediencia aumenta a lo largo de tres etapas:

1. La existencia de la capacidad fisiológica para llevar a cabo la tarea requerida. Antes de que se desarrolle tal capacidad, puede darse que el niño obedezca un día, y al día siguiente desobedezca. No se trata de que no tenga la voluntad de hacerlo, sino que en esta etapa el niño aún no ha alcanzado un desarrollo completo.
2. La capacidad de obedecer siempre, automáticamente.
3. La obediencia en su forma más elevada –muy poco frecuente en los adultos– que consiste en mostrarse ansioso y feliz de obedecer.

Si el niño acata las órdenes de la maestra porque está asustado o porque ella saca provecho del cariño que le tiene, carece de voluntad, y suprimir la voluntad del niño para que obedezca no es otra cosa que opresión. Así es como se suele lograr la obediencia en las escuelas, pero la sutileza de la disciplina reside en conseguir que se obedezca voluntariamente, y esto se consigue a partir de una unión dada por la cohesión, el primer paso para establecer una sociedad organizada.

Se puede trazar una comparación entre la urdimbre de una tela y la cohesión social: los hilos de la personalidad se tienden uno junto al otro y se los sujeta a algo para que se mantengan ordenados. En nuestro caso, el medio es lo que sujeta los hilos de la niñez; después de los seis años aparece otro hilo que, a la manera de un telar, va uniendo y organizando los otros hilos que estaban separados. Una vez entrelazados, ya no necesitan estar sujetos a algo. Así obtendremos una idea acerca del curso natural de la embriología social. Por lo general, se considera que la sociedad se sustenta sobre las leyes y el gobierno; pero los niños nos muestran que antes de que haya organización tiene que haber individuos con una voluntad fuerte y un llamado que los convoque. En principio se necesita fuerza de voluntad, luego hace falta la cohesión basada en los sentimientos y, por último, la cohesión basada en la voluntad.

### **13. CUALIDADES QUE DEBE TENER UNA MAESTRA PARA APLICAR EL MÉTODO MONTESSORI**

Es muy común que se diga que la tarea de la maestra que aplica el método Montessori es muy sencilla, ya que tiene que evitar todo tipo de intromisión y dejar que los niños se encarguen solos de sus propias actividades. Pero ésta es una opinión superficial. Si se tiene en cuenta que hay que preparar una gran cantidad de material didáctico, ordenarlo y cuidar ciertos detalles para su presentación, tal tarea se vuelve activa y complicada. No es que la maestra del Método Montessori se mantenga inactiva mientras que todas las demás son activas; lo que ocurre es que todas las actividades descritas se pueden llevar a cabo gracias a que la maestra ha realizado una preparación activa y sabe orientar a los niños; que después se mantenga "inactiva" es un signo de que ha conseguido su propósito, que su labor tuvo éxito. Feliz de aquella maestra que ha conducido a su grupo hasta un punto en el que puede afirmar: "Da lo mismo que esté o no, igual la clase seguirá como de costumbre. El grupo ya es independiente." Para alcanzar esta meta, la maestra tiene que desarrollarse y seguir un determinado camino.

No basta una simple transformación para hacer de una maestra común una maestra del Método Montessori; ésta tiene que partir de cero, liberándose de todos sus prejuicios pedagógicos. El primer paso consiste en preparar la imaginación, porque la maestra del Método Montessori tiene que visualizar a un niño que, literalmente, aún no existe; además, debe tener fe en el niño que, mediante el trabajo hará aflorar su personalidad. Las distintas anomalías que se presentan en los niños no quebrantan la fe de la maestra, que es capaz de ver un niño distinto en lo espiritual y está segura de que este niño exteriorizará su yo cuando encuentre una tarea que le agrade e interese. Espera que el niño muestre signos de concentración.

Se distinguen tres etapas en la evolución de esta labor.

1. Como custodio y guardián del medio, la maestra se mantiene atenta a esta función en lugar de preocuparse por los niños que le traen problemas, porque sabe que el medio le proporcionará el remedio para éstos. He aquí el foco de atracción que hará que se polarice la voluntad del niño. El material didáctico siempre tiene que ser muy lindo, colorido y en buen estado, no le debe faltar nada, así el niño lo percibirá como nuevo; además, tiene que estar completo y listo para utilizar. También la maestra, parte constitutiva del ambiente, tiene que ser atractiva, si es posible joven y bonita, vestirse de una manera agradable, perfumarse, ser pulcra, alegre y decorosa. Este es un ideal que no siempre se alcanzará, pero una maestra que se presenta frente a los niños no debe olvidar que se trata de personas muy importantes, a quienes les debe respeto y comprensión. Debería perfeccionar su forma de moverse, para hacerlo de la manera más suave y con el mayor donaire posible; así, el

niño inconscientemente le hará el honor de considerarla tan hermosa como su propia madre, que es su ideal natural de belleza.

2. En una segunda etapa, la maestra deberá lidiar con los niños que se siguen mostrando desordenados, con esas mentes que se la pasan divagando, cuya concentración hay que captar para que se ocupen de alguna tarea. Debe seducir la atención de los niños y puede usar todos los recursos que estén a su alcance para que le presten atención...excepto la vara, claro. Como por el momento no es nada serio lo que interrumpe cuando interviene, puede hacer lo que mejor le parezca; lo más importante es que infunda entusiasmo al sugerir actividades. Hay que contener a los que persisten en incomodar a los demás, porque no es imprescindible que lleven a término esa actividad.
3. Para despertar el interés de los niños hay que mostrarles situaciones de la vida cotidiana, porque todavía no están dadas las condiciones para presentar el material didáctico; una vez que ya están interesados, la maestra debe retirarse a un segundo plano, y no entrometerse para nada, en absoluto. En este sentido, suelen cometerse errores, por ejemplo, cuando al pasar junto a un niño travieso que por fin está concentrado en algo, se le dice "Bien" para alentarle. Aunque las intenciones sean buenas, un elogio así es suficiente para hacer daño; el niño se mantendrá alejado del trabajo durante semanas. Del mismo modo, si hay un niño con dificultades, la maestra no debe mostrarle la forma de superar el problema, pues de lo contrario el niño perderá el interés: su objetivo no es realizar la tarea, sino conquistar la dificultad. El niño que está cargando algo muy pesado no quiere que lo ayuden; a veces el solo hecho de saber que la maestra lo está mirando es suficiente para que deje de trabajar. Una vez que el niño se logra concentrar en algo, la maestra tiene que dejar de prestarle atención, como si él no existiera. O por lo menos, no debe dejar que se dé cuenta de que lo está mirando. Incluso en el caso de que haya dos niños que quieran el mismo material, hay que dejarlos que resuelvan el problema solos, a menos que le pidan ayuda a la maestra. La tarea de ésta se limita a ir presentando el material nuevo a medida que se agotan las posibilidades de los elementos ya utilizados. En algunos casos, los niños que estuvieron concentrados en algún trabajo optan por mostrárselo a la maestra para ver si lo que estuvieron haciendo está bien; en tales casos, ésta no debe vacilar en darles su más sincero: "¡Qué hermoso!". La maestra se alegra tanto como el niño de este logro entre los logros.

Las maestras del Método Montessori no son servidoras del cuerpo del niño; no lo limpian, visten ni le dan de comer en la boca; saben que el pequeño tiene que hacer todas estas cosas solo para desarrollar su independencia. Debemos ayudar al niño a manejarse solo, a pensar solo, a tener su propia voluntad; en esto consiste el arte de las que aspiran a ser servidoras del espíritu. Su alegría consiste en ver que, conforme lo esperaban, el espíritu se revela. He aquí al niño tal como debería ser: un trabajador incansable, un niño tranquilo que se

esfuerzo al máximo, que intenta ayudar a los más débiles, sin olvidar que se debe respetar la independencia de los demás; ciertamente, el verdadero niño.

Así es como la maestra penetra en los secretos de la infancia, y sus conocimientos son muy superiores a los de las maestras comunes, que se quedan con lo superficial de la vida de los niños. Al conocer el secreto del niño, siente un amor muy profundo hacia él; quizá sea la primera vez que logra comprender lo que es el verdadero amor. Este amor se encuentra en un nivel diferente del amor personal que se expresa con caricias, y son los niños los que han marcado la diferencia, pues al revelar su espíritu han conmovido a la maestra, y la han conducido a un estado que ella ni siquiera conocía; ahora que ha alcanzado ese estado, es feliz. Tal vez anteriormente su idea de felicidad se reducía a obtener un buen salario y trabajar lo menos posible; el ejercicio del poder y su influencia le causaban cierta satisfacción, y su mayor esperanza era llegar a ser directora o inspectora. Pero eso no es fuente de verdadera felicidad; en cambio, uno estaría dispuesto a dejar todo por la felicidad espiritual que puede brindar el niño, la que por cierto es mucho mayor, pues “de los que son como éstos es el Reino de los Cielos”.